

Selección

TERROR

CLARK CARRADOS

LOS LIMITES DEL INFIERNO


st
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

348 — Profesor de espiritismo, *Ralph Barby*.
349 — ¡Vuelve a la tumba, Helen!, *Adam Surray*.
350 — La mansión de los mil y un horrores, *Joseph Berna*.
351 — Ritual de alucinados, *Ralph Barby*.
352 — Yo, «el Destripador», *Curtis Garland*.

CLARK CARRADOS

LOS LÍMITES DEL INFIERNO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 353
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 33.728 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: diciembre, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

—Nunca había comido nada tan delicioso —dijo ella.

—¿Satisfecha? —preguntó su acompañante.

—Mucho, como no te puedes imaginar, querido.

Lance Hardigan sonrió. Alguien había dicho que «al hombre se le llega por el estómago», pero el refrán podía aplicarse también a las mujeres. Por lo menos, a la que tenía frente a sí, rubia, mantecosa, voraz comedora de todo lo que caía en el plato. Era joven aún y podía absorber sin temor el exceso de proteínas y de hidratos de carbono, aunque dentro de diez años, pensó, parecería un fardo.

Pero ahora no lo parecía, sino todo lo contrario, y era preciso aprovechar la ocasión, se dijo, con la vista en el profundo valle que separaba los dos blancos globos, tapados solamente lo justo y de los que su dueña, justamente, se sentía tan orgullosa.

—¿Que era, Lance? —preguntó ella.

—Algo de cangrejos... Un nombre francés, mousse, o algo por el estilo. En todo caso, el nombre no hace a la cosa.

—Me gustaría repetir —pidió la rubia mimosamente—. ¿Puedo?

—Claro, encanto.

Al terminar la cena, Hardigan felicitó al maître, antiguo conocido suyo.

—Nunca habíamos cenado tan bien, Félix —dijo—. ¿De dónde proceden los cangrejos?

—Oh, señor; tengo un amigo que se dedica especialmente a la cría... No sé cómo lo hace, pero consigue unos ejemplares verdaderamente impresionantes por su tamaño. ¿Quieren ver unos cuantos, todavía vivos?

El maître les condujo hasta una habitación interior del restaurante, en donde había un gran tanque de vidrio, en el que se agitaban una docena de cangrejos de un tamaño increíblemente grande. Hardigan calculó que ninguno de ellos medía menos de sesenta centímetros, con unas pinzas capaces de seccionar el dedo pulgar de una persona sin la menor dificultad.

—Verdaderamente impresionantes —dijo, al cabo de unos momentos de observación—. ¿Y dice que los cría un amigo suyo...?

—Sí, señor, pero, como comprenderá, no voy a decirle quién es ni dónde reside. El plato es exclusivo de este restaurante.

Hardigan sonrió al oír la respuesta del maître.

—Muy lógico —convino—. ¿Qué te parecen, Ginny?

—Me gustan más en el plato —contestó la rubia.

«A ésta no le preocupan las dictas ni cosa que se le parezca», pensó Hardigan.

—Gracias, Félix.

—A usted, señor. Encantado, señora...

La rubia salió, apoyada lánguidamente en el brazo de su acompañante.

—Me sentía tan sola, hasta que te encontré esta tarde... ¿Qué puede hacer una chica como yo, abandonada por su esposo?

Hardigan palmeó afectuosamente la mano que se apoyaba en su brazo.

—Nena, después de esta noche, te juro que no vas a echar de menos a tu esposo en los días que te quedan de vida.

A las cuatro de la mañana, despenó en la cama, encontrándose solo. Por un momento,, pensó que la rubia habría ido al baño, pero, de pronto, oyó ruidos en otra parte de la casa.

Inmediatamente, se levantó. Pisando en silencio, llegó a la cocina. Ginny estaba sentada ante la mesa, delante de un enorme trozo de pastel, con las mejillas hinchadas, mientras sus mandíbulas se movían rítmicamente. La joven no se había molestado siquiera en ponerse el peinador del que tan orgullosa se había sentido horas antes. Completamente desnuda, comía con la voracidad de un buitre famélico. Junto a sí, tenía una botella con leche, de la que vertió buena parte en un vaso, que vació en un par de tragos. Entonces, eructó ruidosamente, mientras se frotaba el estómago.

Luego volvió al ataque sobre la tarta.

—Hay mujeres que resultan caras en vestidos, pero esta arruinaría a cualquiera en cuestión de comida —murmuró Hardigan, mientras emprendía una sigilosa retirada—. Se explica que el marido la dejase abandonada. No será el único.

* * *

La mujer emitía gritos inarticulados, sumida en el éxtasis del placer. Sus manos se crispaban sobre la espalda del hombre que la estaba poseyendo. A Vicky Pebbs le parecía mentira hallarse en una situación semejante, pero la voluptuosidad que la invadía por completo le impedía encontrar el menor reproche para lo que hacía.

El clímax llegó a su fin y, durante unos momentos, los dos amantes permanecieron inmóviles, momentáneamente agotados. Ella acariciaba con ternura la espalda del hombre.

—La verdad, eres maravilloso, Delmer —dijo.

—Tú eres única —contestó él, besándola suavemente en la boca—. Pero, ahora que hemos satisfecho ciertas «urgencias», creo que convendría reponer las energías consumidas.

—Hablas de cenar, supongo.

—Si no te importa...

—Tendré que arreglarme un poco.

Delmer Kinnan se puso en pie y la contempló sonriendo. Aunque un tanto madura, Vicky Pebbs resultaba todavía muy apetitosa. Y era una experta.

Lástima que tuviera que...

Pero era preferible no pensar en el futuro, se dijo, mientras ella se encaminaba al cuarto de baño.

—Delmer —llamó Vicky de pronto.

—¿Dime, cielo?

—¿Estamos solos en la casa?

—Absolutamente solos.

—¿No tienes a nadie que te cuide?

—Una asistenta viene todos los días a las nueve de la mañana y se marcha después de mediodía. Es todo lo que necesito.

Hubo un momento de silencio, durante el cual sólo se oyó el ruido del agua que corría en el cuarto de baño. Apoyado en la jamba de la puerta, completamente desnudo. Kinnan aguardaba fumando un cigarrillo.

—Delmer —dijo ella al cabo.

—¿Si, encanto?

—¿Hay...? ¿Crees que...? Bueno, lo que yo quería preguntarte es si habrá problemas...

—¿Problemas? —Rió Kinnan—. En todo caso, serian para mí, preciosa. Nadie te podría relacionar con lo... con lo que ha sucedido.

—Si es así...

—Así es —confirmó él enfáticamente—. Por cierto, ¿has traído el dinero?

—Lo tengo en el bolso. Delmer, me parece un poco caro...

—Veinticinco mil libras, por deshacerte de un estorbo, no es nada, si se considera los beneficios que vas a obtener.

El ruido del agua cesó.

—Pobre —dijo Vicky—. En medio de todo, había llegado a cobrarle afecto. ¿Có... cómo lo hiciste?

—No te preocupes por detalles morbosos. Lo hice y basta.

—¿Y... el cuerpo?

—Desaparecerá.

—¿Seguro?

Kinnan levantó los ojos al techo. «Qué latosa», pensó.

—Seguro.

Ella salió a poco, envuelta en una bata de baño. Kinnan se la quitó inmediatamente.

—Pero. Delmer...

—Estamos solos en la casa y nadie nos puede ver. Las ventanas están completamente cerradas y... No quiero que te pongas una sola prenda de ropa hasta el momento de marcharte.

Ella soltó una risita.

—Eres un cínico maravilloso —dijo. Le besó en los labios y añadió—: La verdad, creo haber acertado al elegirte.

—No lo sabes bien —contestó él, a la vez que le ponía una mano en la cintura—. Vamos a cenar, hermosa.

A Vicky le sorprendió la exquisitez de la carne de cangrejo, que era el plato principal de la cena.

—Los crio yo —dijo Kinnan orgullosamente.

—¿Cómo? ¿Te dedicas a la cría de cangrejos?

—Entre otras cosas, naturalmente. Lo de los cangrejos es una afición menor, un hobby al que no concedo demasiada importancia.

Ella entornó los ojos.

—¿Cuáles son los otros hobbies? —inquirió.

—El principal, hacerte inmensamente feliz.

Vicky sonrió, halagada.

—¿Es seguro el negocio que vas a emprender?

—Infalible. Por cierto, ¿te gustaría ver el criadero de cangrejos?

—¿Por qué no?

Abandonaron el pequeño comedor íntimo y salieron al vestíbulo de la casa, hasta el que, muy atenuado, llegaba el rumor de las olas. Kinnan se encaminó hacia una puertecita situada bajo el hueco de la escalera. Vicky no supo advertir la fortaleza de las planchas de madera ni la cerradura especial que impedía el paso al que no tuviera la llave.

Lentamente, descendieron por una escalera de piedra, que se hundía en las profundidades del subsuelo. Atravesaron un sótano, pasaron una segunda puerta, no menos robusta que la anterior y se adentraron en un túnel inclinado, brillantemente iluminado por una hilera de lámparas situadas a intervalos y que permitían una visión perfecta de las cosas.

De pronto, Vicky se encontró en una enorme cueva, que olía a mar y a yodo. Por un boquete entraban y salían las olas del mar. El agujero estaba protegido por una sólida reja de hierro, de malla muy estrecha. Entre barrote y barrote no había siquiera diez centímetros.

La cueva medía unos sesenta metros de diámetro y la altura de su techo no era inferior a quince. Había parte de arena y parte sumergida bajo las aguas. Una barandilla de fuerte malla de acero protegía aquella especie de mirador, situado a seis o siete metros de altura sobre el nivel del mar, al borde de un pequeño acantilado, de paredes absolutamente verticales.

A la derecha, había una mesa, con unos objetos cubiertos con un paño blanco. Pero la atención de Vicky estaba morbosamente fija en los cientos de animales que se movían en el suelo de la cueva.

Algunos, incluso, conseguían trepar hasta el borde de la barandilla, pero volvían a caer inmediatamente. Vicky se sentía aterrada por las dimensiones de aquellos horribles animales, que pululaban a centenares por el suelo de la cueva. Las pinzas, al abrirse y cerrarse, componían una tétrica sinfonía de repiqueteos, que ponía la piel de gallina.

—¿E... esto es lo que hemos cenado? —preguntó, pasado un buen rato.

—Exactamente —confirmó Kinnan con una sonrisa—. Hermosos, ¿no?

—Horribles, Delmer.

—No te fijes en la apariencia, sino en el sabor de su carne, que es lo que importa.

Vicky empezó a serenarse.

—Eso sí es cierto —concordó—. ¿Qué les das para que se hayan hecho tan

grandes?

—Oh, un alimento especial... ¿Quieres echarles tú misma unos trozos de carne? Ven, por favor.

Ella le siguió hasta la mesa. Kinnan apartó el paño a un lado. Vicky divisó numerosos trozos de carne, que no podía tener, pensó, más de veinticuatro horas. Agarró uno, lo lanzó hacia los cangrejos y tuvo la satisfacción de ver cómo se peleaban varios por la comida.

Arrojó dos trozos más. De pronto, cuando se disponía a coger otro, vio algo que la hizo dudar de la integridad de sus sentidos.

Aquel lunar, de unos tres centímetros de largo, en forma de coma ortográfica... Ella lo conocía muy bien, lo había visto centenares de veces en el costado izquierdo de una persona...

Un espantoso frío penetró repentinamente hasta la médula de sus huesos. Con la boca abierta, emitiendo sonidos incoherentes, volvió la vista hacia su acompañante. Kinnan sonreía de una manera espantosa. Ella creyó hallarse ante un auténtico demonio.

—Sí —confirmó él—. «Es» tu esposo.

Un horrible alarido brotó de los labios de la mujer. El trozo de carne se desprendió de sus dedos. Vicky chillaba demencialmente, agitándose con violentísimas sacudidas, presa de una espantosa crisis de histeria.

—Lo siento —dijo él—. Creí que serias más fuerte...

Bruscamente, la levantó en brazos y la arrojó por encima del parapeto.

Los cangrejos tuvieron aquella noche ración extraordinaria.

CAPITULO II

—¿Has visto a Sam Pebbs? —preguntó Lance Hardigan por teléfono.

—No, en absoluto —contestó su interlocutor—. Hace por lo menos un mes que no sé nada de él. ¿Qué te preocupa de Sam?

—Ochocientas libras, Tony.

—¿Cómo dices?

—Ya lo has oído. Le gané ochocientas libras y quedó en pagarme al día siguiente, pero no he vuelto a verle más.

—Bueno, Lance, no creo que esa suma le vaya a desequilibrar el presupuesto.

—Desde luego que no, pero me fastidian los tipos que hacen promesas y luego no las cumplen; y más todavía, si se trata de deudas de juego.

—¿Le has llamado a su casa?

—Estoy cansado de llamarle por teléfono. Nadie me contesta, Tony.

—Lo siento, pero no puedo hacer nada en tu favor. Deberías preguntar en los lugares que él acostumbra a frecuentar. Quizá así obtengas algo positivo.

—Lo intentaré —prometió Hardigan.

—De todas formas, me extraña, Lance.

—¿Qué te extraña, Tony?

—Sam siempre pagó sus deudas de juego. A veces se retrasaba un poco; ya sabes, ella, su mujer, era la dueña del dinero..., pero tarde o temprano, cancelaba los atrasos.

—Hombre. Tony, han pasado ya dos meses. Demasiado tiempo, ¿no crees?

—Sí, un plazo algo largo —convino el otro—. Y, qué diablos, ochocientas libras no son una tontería.

—Por eso —dijo Hardigan—. Bueno, intentaré encontrar a ese mal pagador. Gracias, Tony.

Hardigan dejó el teléfono en su horquilla y reflexionó durante unos segundos. Por fortuna, Pebbs le había firmado un pagaré. Si era preciso, recurriría a su esposa, aun a riesgo de provocar una crisis matrimonial. Pero no iba a consentir que le tomasen el pelo.

Sobre todo, si se consideraba el hecho de que había acudido a aquella partida de juego poco menos que a la fuerza. Precisamente aquella misma noche tenía un compromiso, con una pelirroja, más preocupada que Ginny por su línea, y por la insistencia de Pebbs, había decidido retrasar el encuentro. Luego, Pebbs había perdido... ¿y qué culpa tenía él de que la suerte le hubiera vuelto la espalda?

Una hora más tarde, se encontraba en el vestíbulo del edificio donde residía su deudor.

—El señor Pebbs no está en casa, señor —le informó el portero.

—¿Dónde podría encontrarlo? —preguntó Hardigan.

—Lo siento, señor; hace más de dos meses que no tenemos noticias del

señor Pebbs.

—Muy bien, hablaré con su esposa...

—Imposible, señor; ella tampoco está en casa.

Hardigan alzó las cejas.

—¿Ha salido?

—Hace dos meses partió de viaje y aún no ha vuelto, señor.

—Pero, por todos los... ¿Adónde se ha ido esa pareja?

El portero se encogió de hombros.

—Lamento mucho no poder informarle, señor —contestó.

Hardigan torció el gesto. Al fin, tras unos segundos de indecisión, sacó una tarjeta de visita y se la entregó al portero, junto con un billete de una libra esterlina.

—Haga el favor de llamarme a este número de teléfono, si se tuvieran noticias de cualquiera de los dos —solicitó cortésmente.

—Muy bien, señor.

De pronto, se oyó una voz femenina:

—Por favor, ¿cuál es el apartamento del señor Pebbs?

* * *

Hardigan se volvió en el acto. Junto al mostrador, había una muchacha de unos veintidós años, pelo castaño y ojos grises, vestida discretamente, pero con elegancia. Tenía una figura sumamente atractiva y ero de buena estatura.

—Precisamente ahora mismo se lo estaba diciendo al caballero —manifestó el conserje—. El señor Pebbs está ausente desde hace más de dos meses y desconozco su paradero.

La chica pareció sentirse desconcertada.

—Oh...

—Permítame, señorita —dijo él—. Soy Lance Hardigan. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Pues... Me llamo Stella Hyderlin y me interesaba enormemente hablar con el señor Pebbs...

Hardigan fijó sus ojos en el hermoso rostro de la muchacha. Inmediatamente adivinó que era forastera y que la ausencia de Pebbs la contrariaba enormemente.

—Si puedo ayudarla... —insistió.

Stella meneó la cabeza.

—No lo creo —dijo, evidentemente desanimada.

—¿Se dirige a alguna parte? Puedo llevarla; tengo el coche en la puerta —se ofreció Hardigan.

—En todo caso, al hotel donde me hospedo, si es tan amable.

—Será un placer, señorita Hyderlin.

Momentos después, Hardigan hacia arrancar el vehículo, una vez enterado de la ubicación del hotel en que se alojaba la muchacha.

—Si me permite una observación, señorita, le diré que la he visto decepcionada por no haber encontrado a Pebbs.

—Es cierto. Vine a reclamarle una deuda que tiene con nosotros. Hace ya mucho tiempo que nos pidió prestado el dinero y siempre nos daba largas, cada vez que se lo reclamábamos.

—Vaya con el buen Sam —murmuró Hardigan—. Por lo visto, no soy el único perjudicado.

—¿A usted también le debe dinero?

—Ochocientas libras, señorita.

—Lo nuestro es un poco más grave, señor Hardigan. Se trata de dos mil quinientas libras.

—Caramba, es una suma apreciable.

—Sobre todo, para nosotras.

—¿Son dos?

—Sí, mi madre y yo. Mi madre y Pebbs son lejanos parientes.... vivimos en Cardiff, ¿sabe? El año pasado fue a visitarnos y, no sé cómo se las arreglarla ni qué argumentos empleó, que consiguió sacar a mi madre esa suma, para invertirla en cierto negocio que, aseguró, daría un treinta por ciento en seis meses. Aunque yo me oponía a ello mi madre, terriblemente crédula, le entregó esa cantidad. Y ya no hemos visto más ese dinero y, por supuesto, tampoco los intereses.

—¿Tienen recibo? —preguntó él.

—Desde luego. Y si no nos devuelve esa suma, pensamos llevarle a los tribunales.

Hardigan meneó la cabeza dubitativamente.

—Sería un proceso demasiado largo y poco productivo. Aunque consiguiesen recuperar el dinero, se les iría la mayor parte en gastos de abogado y demás. Y a él no le pasaría nada, porque la pena resultaría relativamente leve y no necesitaría ir a la cárcel.

—Entonces, ¿hemos de resignarnos al despojo?

—No, pero sí le aconsejo se arme de paciencia. Como yo.

—¿Lo prestó esas ochocientas libras?

Hardigan vaciló un instante.

—Así podría definirse — contestó.

Poco más tarde, llegaban a la puerta del hotel. Al despedirse, Hardigan entregó una tarjeta a la muchacha.

—Llámeme si necesita algo de mí, sin temor, con toda confianza —sonrió —. Recuerde que tenemos un mismo problema.

Stella asintió, sonriendo también.

—Tenemos el problema de haber confiado en un sinvergüenza —se despidió.

—Muy cierto —concordó Hardigan.

Después de separarse de la muchacha, empezó a pensar en personas que, presumiblemente, pudieran darle una idea del actual paradero de Pebbs. Un

tipo absolutamente despreciable, se dijo; había sido Capaz de despojar de todos sus ahorros a una pobre viuda y a su hija... Esas cosas merecían una buena lección, propinada con un sólido garrote de pino.

Aquella misma tarde, estuvo en tres o cuatro sitios de los que sabía solía frecuentar Pebbs. En ninguna parte supieron darle la razón de su paradero. Todas las respuestas coincidían: hacía más de dos meses que no le habían visto.

El último de los consultados le indicó, sin embargo, una cierta posibilidad: Muriel Taylor, y añadió que solía acudir a su casa con cierta frecuencia.

—Yo también iré —aseguró Hardigan.

* * *

Sentados a ambos lados de una mesa, los dos hombres conversaban animadamente.

—Es una buena pieza de caza —dijo Lemmy Coogan.

—¿De veras? —preguntó Delmer Kinnan.

—Entérese por usted mismo —contestó Coogan, a la vez que entregaba un sobre a su interlocutor.

Kinnan sacó unos cuantos papeles del sobre y los hojeó apresuradamente. Había también un par de fotografías de una mujer, de unos cuarenta años, todavía muy atractiva.

—«Es» un millón con dos piernas —sonrió Coogan.

—¿Y él?

—Oh, un botarate, un parásito, una garrapata bípeda.

Kinnan hizo un gesto de aquiescencia.

—Fila, me imagino, debe de estar harta.

—Figúrese... Aparte de que él tiene diez años más, es poco menos que impotente. Ella necesitaría dos, relevándose continuamente..., y los agotaría en una noche.

Sonó una risita.

—Ardiente, ¿eh?

—Devorada por el fuego de la pasión —dijo Coogan con fingido acento melodramático.

Los dos hombres se echaron a reír.

—Ha sido una buena tarea, Lemmy —dijo Kinnan.

El otro recuperó el sobre.

—Eh, es mío...

—Esta vez le costará el doble.

—Tres mil es mucho —dijo Kinnan, con los ojos entornados.

—Le aguarda un millón, recuérdelo.

Kinnan suspiró.

—Está bien, tres mil —cedió.

Sacó el dinero, lo contó y se lo entregó al sujeto. Estaban en un rincón

discreto del pub, por lo que no había miedo de que alguien pudiera observar el intercambio.

Kinnan se levantó casi en el acto, con el sobre bajo el brazo.

—Tendrá noticias mías, Lenny —se despidió.

—Cuando guste.

Dos hombres se acercaron a la mesa, una vez se hubo marchado Kinnan.

—¿Y bien? —dijo uno de ellos.

Coogan sacó el dinero, contó dos veces quinientas libras y se las entregó sucesivamente a los individuos.

—Vuestra parte —dijo.

—Conseguiste duplicar —sonrió Dick Skelton.

—Para él, valía la pena. Aunque... —Coogan se frotó la mandíbula—, debiera haberle pedido mil más. El debía sospechar que doblaría los «honorarios», porque ya venía preparado.

—Puedes hacerlo en la próxima ocasión —sugirió Jerry Mumms.

—Sin duda —contestó Coogan—. Pero hay más todavía.

—¿De qué se trata? —preguntó Skelton.

—Ilse hombre ha encontrado una mina..., y a nosotros nos tocan sólo las migajas de sus beneficios. Opino que deberíamos saber más cosas de él.

—No es mala idea —aprobó Mumms.

—Por tanto, habrá que seguir cuidadosamente todos sus pasos, de modo que sepamos incluso cuántas veces se suena las narices al cabo del día. ¿Está claro?

—Sí —respondieron los otros dos al unísono.

—Ahora va detrás de una pieza valorada en un millón. Demonios, con diez mil cada uno de vosotros y veinte mil yo, podríamos vivir como príncipes una buena temporada.

—Siempre que cediese...

Coogan emitió una risita burlona.

—Conozco bien a esta clase de tipos —aseguró—. Son muy listos, pero, en ciertos asuntos, se «ablandan» fácilmente. Si sabemos hacer las cosas bien, no habrá objeciones. Lo importante, sin embargo, es tenerle bien sujeto, que no le quede escapatoria; y eso sólo se consigue con una buena vigilancia.

Mumms se puso en pie.

—Empezaremos ahora mismo —decidió.

CAPITULO III

Era alta, de formas majestuosas y cabello bronceado, peinado de modo que parecía el casco de guerra de una walkyria. Vestía un traje largo, blanco, con un escote que le llegaba a la cintura. Las dos piezas superiores delanteras apenas si podían cubrir los senos redondos, firmes, relativamente libres bajo los escasos trozos de tela. Los ojos, azul oscuro, indicaban una gran experiencia.

El despacho estaba lujosamente amueblado. Muriel Taylor dijo:

—Ha llegado, precisamente, en el día de descanso, señor Hardigan.

—Por favor, llámeme Lance —solicitó el.

—Lance. Me gusta —murmuró la mujer.

—A mí me gusta más usted, señora Taylor.

La miró con todo descaro, desde los brillantes cabellos, hasta la punta de los zapatos de alto tacón.

—Me parece «Superman», con su mirada de rayos X —bromeó ella.

—No la tengo, por desgracia..., Muriel.

Ella se acercó a una consola y llenó dos copas.

—Así que está buscando a Sam Pebbs —dijo.

—En efecto.

—A mí también me gustaría encontrarlo. Lance.

—¿Ha dejado, tal vez, una herida en su corazón?

—En donde la ha dejado es en otro sitio menos agradable. ¿Conoce usted mi negocio?

—Estuve aquí, una vez, hace un par de años.

—No le recuerdo, y eso que tengo buena memoria.

—Entonces llevaba el pelo largo como un cantante pop y un enorme bigote. Me lo dejé para complacer a una mujer.

—Tendría éxito, supongo.

—Me encontró ridículo.

Muriel se echó a reír.

—Es usted un hombre encantador —elogió—. Por eso no lo recordaba.

—Gané ciento cincuenta libras, Muriel.

—No sería a mí, directamente, sino en alguna otra mesa.

—Es cierto, no tuve la suerte de jugar contra usted. Pero estábamos hablando de Pebbs. ¿A cuánto asciende la deuda?

—¿Cómo sabe que me debe dinero?

—Esa es la herida que no está en el corazón —sonrió Hardigan—. A mí me debe ochocientas. Conozco a una dama, acreedora por dos mil quinientas.

—¡Pero ese hombre debe a todo el mundo! —aceptó ella.

—Ha dejado un rastro de devastación, comparable al que dejaban las hordas de Atila —rió el joven—. ¿Cuánto, Muriel?

—Cuatro mil setecientas.

Hardigan silbó.

—Pero tiene una mujer muy rica —alegó.

—Ella, por lo visto, no afloja los cordones de la bolsa. Como sea, hace dos meses que no le veo, por lo menos.

—Juraría que tiene muchos más acreedores. Por tanto, ha debido esconderse bajo mil metros de tierra. Lo asombroso, sin embargo, es que no se conozcan noticias tampoco de su esposa.

—¿No está en su casa?

—Nadie sabe dónde puede estar y, francamente, no le amaba tanto como para huir con él y librarse así a la persecución de los acreedores.

A lo mejor la ha asesinado y ha escapado después, con un buen botín.

Hardigan consideró aquella hipótesis.

—Pudiera ser —dijo—. En todo caso, sería necesario investigar más a fondo. Pero, por ochocientas libras, no merece la pena...

—Le propongo un trato, Lance. Encuentre a Pebbs, recupere el dinero y le daré una cuarta parte. Son más de mil libras —dijo Muriel.

Hardigan volvió a mirarla de frente.

—Renuncio a esa recompensa —sonrió—. Prefiero otra.

—¿Cuál?

El joven avanzó hacia ella. Muriel echó el cuerpo hacia atrás.

—No —dijo—. Si quieres esa recompensa, tendrás que ganártela.

—Ah, pretendes que juguemos una partida...

—Si pierdo, pagaré y no precisamente con dinero.

Muriel se acercó a la mesa, sacó una baraja y mezcló rapidísimamente los naipes, con movimientos que no podían ser seguidos con la vista. La dejó luego encima de la mesa y dijo:

—Corta, Lance.

—¿Cuáles son las condiciones? —preguntó él.

—Cinco cartas, la mejor jugada, a la primera, sin descartes.

—Muy bien. Ya puedes repartir.

Muriel examinó sus cinco naipes y sonrió.

—Pareja de ases —anunció.

Era una jugada muy alta, en aquellas condiciones, Hardigan extendió sus cinco cartas sobre la mesa.

—Tres seis.

—El trío gana —sonrió ella.

—Y podemos formar un buen dúo.

Hardigan abrazó a la mujer. Los senos, firmes, rotundos, se aplastaron contra su pecho.

—Será un dúo maravilloso —aseguró.

—Eso espero —contestó Muriel.

* * *

Repentinamente, cuando menos lo esperaba, recibió una llamada telefónica.

—Soy Stella Hyderlin. ¿Puedo ir a visitarle, señor Hardigan?

El joven se sorprendió en el primer momento, pero accedió casi en el acto:

—Desde luego. Venga cuando guste, señorita.

—Estaré en su casa antes de media hora —prometió Stella.

Fue puntual. Antes de que hubieran transcurrido treinta minutos, Hardigan abría la puerta. Sonrió al ver a la muchacha, encantadora mente ataviada con un traje a cuadros amarillos y blancos, con cuello y puños blancos.

—En estos tiempos, una visión así reconforta el ánimo como no es capaz de imaginarse —dijo, mientras estrechaba la mano de Stella, cubierta por un fino guante de malla de seda blanca—. Tengo cierta clase de bebidas, pero si le apetece té o café, puedo servirle en un instante —añadió.

—Té, por favor, gracias.

—Muy bien, siéntese, se lo mego.

Stella se acomodó en el diván. Hardigan tenía la casa muy bien puesta, observó. Era lujosa, pero discreta, lo que indicaba, además de una excelente posición económica, un indudable buen gusto.

Hardigan vino a poco, empujando un carrito de ruedas. Stella se levantó.

—Deje, yo serviré —se ofreció.

—Muy bien, como guste.

—Se trata de Pebbs —dijo la muchacha, mientras llenaba las tazas.

—Ah, lo ha visto.

—No, ni siquiera sé dónde está. Pero creo que he podido encontrar una pista...

—¿De veras?

—Volví ayer a su casa, con la esperanza de encontrarle. El portero me dijo que seguía sin noticias de Pebbs ni de su esposa, pero que, de pronto, había recordado algo que quizá podría interesarme. Lo oyó un día que le fue a subir a su apartamento un paquete que habían dejado en el vestíbulo para él. Pebbs estaba hablando con alguien por teléfono y le oyó decir, más o menos: «Está bien, mañana iré... Ha dicho Weston Court, ¿no?» Luego colgó... Eso fue la misma víspera de su viaje.

—Weston Court —repitió Hardigan pensativamente—. No creo sé dónde está eso.

—Yo, sí —dijo Stella con acento triunfal.

—¿Dónde está?

—Me ha costado mucho averiguarlo. Es una posesión situada a ocho millas al noroeste de Squellagh, una aldea escocesa, situada a unas trescientas setenta millas.

—Mucha distancia es —observó él.

—Bueno, si queremos recobrar el dinero, no tendremos, otro remedio que viajar.

—¿Qué pasará si no está allí?

—Habremos perdido el tiempo, pero, al menos, no se podrá decir que no lo hemos intentado.

—Si no oigo mal, está hablando en plural, señorita Hyderlin —sonrió el joven.

Stella se ruborizó.

—Creí que le interesaría —dijo.

—Oh, sí, por supuesto.

—Pero si tiene trabajo...

—Soy mi propio patrón —contestó Hardigan.

—Si salimos temprano, podríamos llegar a Squellagh al atardecer, y eso sin forzar demasiado la marcha.

Hardigan dio un par de paseos por la estancia. Stella le agradaba muchísimo, pero la idea de un viaje hasta Escocia no le seducía en extremo. Por otra parte, en aquellos días no tenía apenas trabajo y bien podía tomarse dos o tres días de descanso. Todavía no se había terminado el verano y los pronósticos meteorológicos eran buenos. Bien mirado, cuando no llovía o había nieblas, Escocia era un país encantador.

—De acuerdo —exclamó al cabo—. ¿Mañana?

—Pero no tengo coche. Aquí, claro —objetó ella.

—No se preocupe. Déjeme su dirección; pagare a buscarla a las siete en punto.

—Muy bien. Ah, el gasto de gasolina corre por mi cuenta.

—Por favor, señorita...

—Insisto, señor Hardigan.

El joven se echó a reír.

—Conforme, pero llámeme Lance. Una cosa, Stella... No quisiera ofenderla, pero su pariente debió de colocarles en una difícil situación...

—¿Quién ha dicho tal cosa? —Exclamó la muchacha—. Es cierto que dos mil quinientas libias son una cantidad muy elevada y que por ello trato de recuperarlas, pero no tendremos que mendigar limosna. En cierto modo, interviene el orgullo... y también el deseo de hacer saber a ese miserable que no se saldrá con la suya.

—Entonces...

Stella sonrió.

—Mi madre es aún joven y no le faltan pretendientes. Tiene en Cardiff una «boutique» muy acreditada, con una gran clientela, que le es sumamente adicta.

—No dejan de ser buenas noticias —comentó Hardigan— La felicito, Stella.

—Gracias. Pebbs lo sabía, de otro modo, ¿cómo habría viajado a Cardiff, en busca de ese dinero?

—Se comprende, claro.

—Pero él tenía una mujer muy rica. ¿Por qué no se lo pidió a ella?

—Stella, las esposas ricas de hombres pobres se cansan, muchas veces, de

sufragar cienos gastos de sus maridos. Sobre todo, si éstos resultan, como en d caso de Pebbs, unos desaprensivos.

—Sí, creo que tiene razón. Bien, le espero a las siete. Lance.

—Hasta mañana, Stella.

* * *

—¿Estás seguro de que resultará?

Tendido boca arriba, en el lecho, Kinnan hizo un gesto de asentimiento.

—Lo tengo bien planeado —respondió, mientras arrojaba a lo alto una serie de anillos de humo.

—A veces, me siento aprensiva...

Kinnan se incorporó de pronto.

—Escucha, si no estás segura de ti misma, lo mejor será que olvidemos este asunto.

Hasta ahora, no te ha costado nada, ¿verdad? No temas; no voy a pedirte un penique.

—Espera, Delmer, por favor —rogó apresuradamente Fanny Orwell—. Yo no quería decir...

—Es preciso decidirse. Sí o no, no caben términos medios. ¿Te estorbaba él, sí ó no?

—SI —contestó ella con salvaje acento de furia—. Me estorba, le odio hasta lo más profundo de mis entrañas...

Kinnan paseó la mano por el vientre desnudo, a la vez que emitía una suave risita.

—Es un lugar con muchísimos atractivos —dijo.

De pronto, ella se le arrojó encima, aplastándole los senos en la cara.

—Mátalo —jadeó—. Mátalo y tendrás todo lo que quieras...

—Cincuenta mil —pidió él, sin perder su frialdad.

—Hecho. —aceptó Fanny sin regatear.

—En billetes de a cien y cincuenta.

—Sí.

—Los llevaras personalmente a mi casa.

—De acuerdo.

—Y no dirás a nadie adónde vas ni qué es lo que piensas hacer.

—Descuida, amor mío.

—Entonces, no te preocupes de nías. Yo te avisaré cuando todo esté hecho.

—¿Me llamarás por teléfono?

—Sí. Empicaré una clave. «Esta noche, para cenar, sopa de cangrejos.»

Fanny se echó a reír.

—Muy pintoresca —comentó.

Y empezó a besarle furiosamente. Esta vez, Kinnan cedió a las deseos de aquella ardiente mujer; a fin de cuentas, era preciso contentaría y a él no le disgustaba en absoluto.

Más tarde, Fanny le hizo una pregunta:
—Delmer, ¿cómo...?
—No te preocupes, ni se enterará.
—¿Y... y el cuerpo?
Kinnan contuvo una risita.
—Desaparecerá como si jamás hubiera existido —contestó.

CAPITULO IV

Llegaron a Squellagh al atardecer, fatigados después de tantas horas de viaje. Había un pequeño hotel, en el que se hospedaron inmediatamente. Stella se metió en el baño sin perder un segundo. Una hora más tarde, relajada y fresca, se encontró con Hardigan en el comedor.

Una camarera les sirvió la cena, que despacharon con buen apetito. Al terminar, Hardigan alzó ligeramente la mano.

—¿Señor? —dijo la camarera.

—La señorita y yo venimos a visitar a un amigo, que vive en un lugar denominado Weston Court. ¿Podría usted indicamos el camino?

La mujer les miró estupefacta.

—No pensarán en ir allí, «ahora» —exclamó.

—Por supuesto; es ya de noche y estamos un poco cansados. Pero nos gustaría ir allí, mañana, de día.

—Señorita —intervino Stella—, parece ser que ese sitio no le resulta demasiado agradable.

—A nadie, en Squellagh, le puede gustar un lugar denominado «Los Límites del Infierno».

—¿Cómo dice? —respingó Hardigan.

—El infierno empieza allí, señor.

«Leyendas absurdas», pensó el joven. Estúpidas supersticiones, que no tenían razón de ser. Pero era preciso recordar que se encontraban en Escocia, el paraíso de los fantasmas.

—¿Por qué dice eso, señorita? —inquirió.

—Hace muchos años, se cometieron una serie de crímenes espantosos. La gente dijo entonces que aquello había sido un infierno.

—Por tanto, las tierras que circundan Weston Court son los límites de ese infierno.

—Sí, señor. Además, es un paraje horrible, nada atractivo... Es la tierra más lúgubre que uno pueda imaginarse. No crecen árboles, todo son rocas y matojos...

—Bueno, nosotros no vamos a estar allí mucho tiempo —sonrió Stella—. Como quien dice, ir y venir.

—Si desean saber el camino, vayan y pregunten a la señora MacClure; es la única persona del pueblo que va a Weston Court a diario. Se encarga de la limpieza, ¿comprenden?

Hardigan puso veinte chelines en la mano de la camarera.

—Muchas gracias... ¿Cuál es su nombre, por favor?

Ella soltó una risita.

—Maggie. ¿Cuál otro podría ser en este país?

Hardigan y Stella quedaron nuevamente solos.

—Bien, ¿qué te parece? —preguntó la muchacha.

—Ardo en curiosidad de conocer Weston Court —sonrió él.

—De todas formas, en los pueblos, cualquier suceso se exagera siempre —dijo la muchacha—. No creo que tenga mayor importancia el hecho de que hace años se cometieran unos crímenes. Al menos, para nosotros, creo yo. Lo que nos interesa es conocer noticias de Sam Pebbs, eso es todo.

—¿Qué me dices de su esposa?

—Pues... No se me ocurre nada... ¿Por qué lo preguntas?

—Tampoco se sabe nada de ella y, a juzgar por las apariencias, no es mujer capaz de seguir a su esposo hasta el rincón más apartado del universo —dijo Hardigan.

—¿Sospechas algo malo, Lance?

Hardigan se frotó la mandíbula.

—No se sabe nada de ella —insistió.

—Sería horrible que Pebbs... —Stella no se atrevió a completar la frase, un tanto asustada de los pensamientos que había concebido.

—Sería horrible, en efecto, pero yo empiezo a temer lo peor acerca de la señora Pebbs —dijo él. Se puso en pie y añadió—: Voy a ver si hablo con la señora MacClure. Te veré luego, Stella.

—Muy bien. Lance.

Hardigan regresó treinta minutos más tarde y llamó a la puerta de la habitación que ocupaba la muchacha. Stella abrió a los pocos instantes, con la bata sobre el camisón.

—¿Sí? —dijo.

—Acabo de hablar con la señora MacClure. Es una mujer muy simpática y amable, y ha prometido guiarnos mañana a Weston Court. Ella se desplaza en un velomotor, puesto que hay ocho millas. A las ocho y media en punto vendrá a buscarnos a la puerta del hotel.

—Estupendo —sonrió la chica.

—Ah, le he preguntado por Sam Pebbs. No lo conoce.

—Esto se pone muy misterioso, ¿no crees?

—Demasiado —suspiró Hardigan.

* * *

El velomotor petardea ha a pocos metros delante del automóvil. La marcha del segundo vehículo no podía ser excesiva, aunque su conductor reconoció que tampoco la señora MacClure podía acelerar más, debido al estado del camino, que serpenteaba entre lomas cubiertas de brezos y espesa hierba, con escasos árboles que se hacían aún menos numerosos a medida que se acercaban a su destino.

Después de salvar la última cuesta, iniciaron un ligero descenso hacia la meseta árida, pedregosa, con escasa vegetación, que terminaba a unos ochocientos metros más adelante, en un acantilado que caía a pico sobre el mar desde unos treinta metros de altura. De repente, se oyó un fuerte

estampido.

Hardigan frenó en el acto.

—Un reventón —anunció, torciendo el gesto.

Y se apeó del vehículo. Edith MacClure se había detenido unos metros más adelante y movió la mano para tranquilizarla.

—No es nada —exclamó—. Siga usted; nosotros estaremos allí dentro de quince minutos.

—A mí también se me pinchan las ruedas con frecuencia —dijo Edith sonriendo—. Voy a tener que pedir un sobresueldo para neumáticos. Le diré al señor Kinnan que van a visitarle.

—Muy bien.

Stella se apeó del coche para ayudar al joven en el cambio de rueda, cosa que él rechazó amablemente. Mientras Hardigan trabajaba, ella pascó por los alrededores. Un par de veces se puso en cuclillas, observando algo que había en el suelo, y luego, al ver que el joven estaba a punto de terminar, regresó sobre sus pasos.

—En tiempos, debió de existir aquí un hermoso bosque —dijo—. Hay muchos tocones, pero si lo talaron, cometieron una salvajada.

—Quizá hubo un incendio y aprovecharon lo que pudieron de los árboles que no se consumieron del todo —especuló Hardigan—. De todos modos, es terreno duro, muy pedregoso y de constitución predominantemente calcárea. Plantar aquí árboles resultaría muy costoso y. con toda probabilidad, se perderían más de la mitad de los retoños, haciendo muy poco rentable la operación.

—No sabía que entendieras de... botánica —dijo ella, asombrada.

—Entiendo un poco —contestó Hardigan, sonriendo. Se limpió las manos con un trapo—. Bueno, ya está listo. ¿Seguimos?

Reanudaron la marcha hacia el edificio de dos plantas y tejado de pizarra, a dos aguas, que se veía casi al borde de la costa. Las olas batían incesantemente la base de los acantilados, que constituían la mayor parte de la zona. El aire traía aromas de sales marinas y yodo.

—Al menos, la atmósfera resulta muy agradable —dijo Stella, respirando a pleno pulmón.

Edith les abrió la puerta, antes de que llamasen.

—Entren —sonrió—. El señor Kinnan está avisado de su llegada y vendrá dentro de unos momentos. ¿Quieren tomar un poco de café?

—Es usted muy amable —dijo Hardigan.

—Por Dios, será un placer...

El edificio era antiguo, decorado con cierto gusto rústico, que resultaba muy agradable a la vista. Los muebles eran antiguos, de sólida madera oscura, en perfecto estado de conservación.

Edith les condujo a una sala, desde la que se divisaba un excepcional panorama, que hacía olvidar por completo la meseta árida e inhóspita que había ames de llegar a la casa. Trajo el servicio de café, llenó las tazas y se

retiró.

—Les dejo la cafetera, por si gustan repetir.

—Gracias, Edith.

—La verdad —dijo Stella, después de tomar unos sorbos de café—, vivir en esta casa, al menos durante los meses de verano, debe de resultar muy agradable.

—Y en invierno, ¿qué me dices con la lluvia batiendo contra los cristales, las olas del temporal azotando las rocas y el fuego en la chimenea? ¿No resultaría también agradable?

—Está demasiado solitario. Eso siempre impresiona, aunque uno se esfuerce en dominar sus temores. No, prefiero dos semanas, en lo mejor del verano...

—Además, hay un cómodo sendero a la playa, señorita Hyderlin.

* * *

Hardigan y Stella se volvieron al mismo tiempo. El dueño de la casa estaba en el umbral, un sujeto todavía joven, de menos de cuarenta años, alto, de anchos hombros y sienes plateadas, que le conferían un aspecto que habría resultado más agradable, de no haber sido por la nariz aguileña en exceso, que era el rasgo más destacado de sus facciones. Pero, aun así, para las mujeres, pensó Hardigan, era un hombre con muchos Atractivos.

Kinnan vestía en aquel momento un batín corto, de terciopelo color rojo vino, con pañuelo de seda al cuello. En la mano izquierda tenía una boquilla negra, larga, con un cigarrillo que aún no había encendido.

—Soy Kinnan —se presentó.

—Me llamo Hardigan —dijo el joven— Ella es...

—Edith me ha dicho los nombres de ustedes —cortó Kinnan, a la vez que se disponía a encender el cigarrillo—. También ha mencionado el nombre de Pebbs.

—Es cierto. El señor Hardigan y yo lo buscamos. Queremos hablar con él —manifestó Stella.

—¿Le sucede algo de particular?

—Podríamos decir que es un... moroso. Tanto a la señorita Hyderlin como a mí, nos debe ciertas sumas de dinero —dijo el joven—. Simplemente queremos recuperar lo que es nuestro.

Kinnan meneó la cabeza.

—Resulta doloroso tener que admitir lo inevitable —murmuró.

—¿Cómo? —Exclamó Stella—. ¿Ha muerto?

—Oh, no... No he querido decir nada semejante, señorita —se apresuró a contestar el dueño de la casa—. Es... Bueno, Pebbs es un buen amigo mío. O lo era hasta hace algún tiempo, en que me pidió prestada una cierta suma de dinero... y desde entonces no lie vuelto a tener noticias suyas. Pensé que podría tratarse de dificultades momentáneas, pero veo que, en resumidas

cuentas, se trata de un desaprensivo, por no calificarlo con palabras más duras.

—Total, que le pidió dinero, desapareció y no le ha vuelto a ver más —dijo Hardigan.

—Así es —confirmó Kinnan.

—Entonces, no puede darnos ningún detalle...

Era Stella la que había hablado. Kinnan movió la cabeza.

—Lo siento, señorita. Sobre su paradero, en estos momentos, sé yo tanto como ustedes. —Sonrió—. Es decir, nada.

—Bien, en tal caso, creo que hemos terminado —declaró Hardigan—. Señor Kinnan, le ruego nos perdone las molestias que le hemos ocasionado.

—Por favor... —dijo El dueño de la casa amablemente.

Stella recogió su bolso.

—Le damos las gracias muy sinceramente —dijo.

—Ha sido un verdadero placer —manifestó Kinnan—. Por cierto, ¿cómo se les ocurrió que Pebbs podía hallarse aquí?

—Estrictamente, no pensábamos que estuviera en su casa —respondió Hardigan—. Es que alguien le oyó mencionar Weston Court y decidimos venir con la intención de averiguar todo lo posible sobre sil paradero.

—Ah, mencionó Weston Court —murmuró Kinnan.

—Sí —corroboró la muchacha.

—Por otra parte, no hay tampoco noticias de su esposa. Desapareció, aproximadamente, en las mismas fechas que Pebbs —dijo Hardigan.

—Quizá se han escondido...

—Ella no lo necesitaba. Era poseedora de una gran fortuna. Pero, por lo visto, se había cansado de subvencionar los desastres financieros de su esposo, muy dado a ciertas aventuras que solían terminar irremediablemente en la bancarrota.

—Hay hombres así —sonrió Kinnan—. Pero, lo mismo que ustedes, yo soy un gran perdedor en este caso.

—¿Le debe mucho dinero? —preguntó Stella.

—Seis mil libras, señorita.

—Caramba, a este paso, va a resultar que la mitad de la población británica ha resultado estafada por Pebbs —exclamó Hardigan.

—No me extrañaría en absoluto —contestó Kinnan.

Los dos jóvenes se despidieron. Edith les acompañó hasta la puerta.

—Siento que hayan perdido el tiempo —dijo.

—Y el dinero —suspiró Hardigan.

Al sentarse detrás del volante, se puso un cigarrillo en los labios y ofreció uno a la muchacha.

—¿Qué opinas, Stella?

Ella esperó a tener encendido su cigarrillo.

—Se me ha ocurrido una idea disparatada... No me la tomes en cuenta, por favor.

—Habla sin miedo, mujer.

—Estamos dentro de los límites del infierno y Kinnan es el diablo.

—¡Stella, es un hombre muy guapo!

—El diablo era un ángel muy hermoso. Lance —respondió la muchacha con acento sentencioso.

CAPITULO V

—Es un lugar endiablado —se quejó el hombre, a la vez que sacaba el pañuelo para enjugarse el abundante sudor que cubría su frente—. ¿Cómo demonios se le ocurre vivir en estos parajes?

—Me encuentro muy a gusto —respondió Delmer Kinnan—. Por mucho que hayan conseguido en los últimos tiempos, la atmósfera de las grandes ciudades sigue muy contaminada. Aquí, en Weston Court se está infinitamente mejor.

—Lo dudo mucho, pero, en fin, si usted lo dice...

—Por otra parte, el aislamiento me conviene para mi trabajo.

Reginald Orwell miró de hito en hito a su interlocutor.

—¿Es de veras tan prometedor como asegura? —preguntó.

—Puede dar mucho dinero. En Inglaterra será una novedad. ¿Ha estado en el Silver Place?

—Sí. Le dije a Félix que usted me había recomendado probar la «mousse» de cangrejos. Desde luego, es algo exquisito.

—¿Lo ve? —Sonrió Kinnan—. Por ahora, Félix tiene la exclusiva, pero llegará un momento en que no podrá comprar toda mi producción. Por favor, ¿quiere seguirme?

—Claro.

Los dos hombres echaron a andar. Kinnan condujo a su visitante a la cueva donde criaba a los cangrejos. Orwell se quedó estupefacto al ver aquellos enormes crustáceos.

—Pero, hombre, usted puede hacerse de oro... —exclamó.

—Bueno, necesito algo de financiación... Las cosas, si se quieren conseguir, deben hacerse en gran escala.

—Eso es muy cierto —convino Orwell pensativamente—. Lo malo es que sólo mi esposa tiene la llave dé la «pasta».

—Entonces, ¿no...?

—Resultará muy difícil, señor Kinnan.

Hubo un momento de silencio. Orwell se apoyó en la barandilla, con ambas manos, y adelantó el cuerpo para contemplar mejor aquellos enormes crustáceos, horribles en apariencia, pero sabrosísimos una vez en el plato.

De repente, sintió un espantoso dolor en la cabeza. Sus rodillas se doblaron y cayó al suelo, encogido sobre sí mismo.

Kinnan actuó con enorme rapidez. En pocos minutos, Orwell quedó completamente desnudo. Kinnan le desposeyó incluso del reloj de pulsera y de la alianza matrimonial. Luego levantó el cuerpo con sus poderosos brazos.

Orwell recobraba el conocimiento en aquellos instantes y lanzó un espeluznante alarido al sentirse volar por los aires. Rodó por el trozo arenoso y manoteó frenéticamente, al sentir los primeros mordiscos de las pinzas, duras como si fuesen de acero. Los cangrejos mordían ferozmente por todas

partes. De pronto, una de las pinzas alcanzó la yugular.

Las aguas empezaron a teñirse de rojo. Orwell dejó de moverse a los pocos momentos.

—Esto es más cómodo que hacerle pedacitos —dijo el asesino fríamente.

Ahora tenía que hacer desaparecer las ropas. Arderían en una de las chimeneas.

En cuanto a los objetos metálicos, irían a parar al mar, lo mismo que su coche. A cincuenta pasos de la casa, el acantilado se hundía a más de treinta metros bajo las aguas, perpendicularmente. Era un lugar donde no encontrarían jamás un vehículo. Y no era el único que había caído por allí.

* * *

—Tengo noticias para ti —dijo Hardigan.

—Serán interesantes, supongo.

—Espero que sí. Stella, ¿por qué no nos vemos a la noche, para cenar juntos? ¿Has probado la «mousse» de cangrejos en el Silver Place?

—Cuando tú lo recomiendas, debe de ser un plato muy sabroso.

—Exquisito.

—Muy bien. Ven a buscarme a la hora que creas conveniente. Estaré toda la tarde en casa.

—De acuerdo. A las seis y media en punto.

Stella declaró horas más tarde, que no había probado nunca nada tan sabroso. Luego, con los codos apoyados en la mesa, miró fijamente a su acompañante.

—Según creo recordar, tenías que decirme algo interesante, Lance.

—Es cierto. En cierto modo, se refiere a tu pariente.

—¿Pebbs? ¿Has averiguado algo más?

—Bueno, resulta que un alto empleado del Banco en el que opero, me ha informado, confidencialmente, por supuesto, que Vicky Pebbs sacó veinticinco mil libras en efectivo hace casi tres meses. Desde entonces, no se han vuelto a tener noticias suyas.

—¿Para entregárselas a su marido? —se extrañó Stella.

—No sé. Si hubiera querido darle ese dinero, le habría sido suficiente con firmar un cheque.

—Cuidado, Lance. Un cheque, en el caso de un sujeto tan desaprensivo como Pebbs, puede ser un arma mortal. Si yo tuviese ese dinero y aceptara entregárselo, lo haría en billetes, no en un cheque.

—¿Y por qué no? Es más cómodo...

—¿Sí? Imagínate que le pone un uno delante. Entonces, ya son ciento veinticinco mil libras. O que, peor aún, añade un cero; tenemos entonces, doscientas cincuenta mil.

—Eso es difícil...

—Lance, desengáñale; un tipo como Pebbs, aunque sea pariente nuestro,

es capaz de todo. Y hay borratintas muy buenos, que no dejan huellas. Vicky debía de recelar, creyéndole posible de hacer una cosa semejante, y por eso fue a buscar el dinero personalmente.

—Puede que tengas razón —admitió Hardigan—. De todos modos, esas especulaciones no nos resuelven el problema principal.

—Pero son fragmentos, retazos diminutos de un rompecabezas que, unidos a otros, pueden darnos la solución.

—Con tenacidad, desde luego. De todos modos, yo empiezo a despedirme ya de mis ochocientas libras.

—A mí me fastidiaría mucho perder ese dinero, te lo digo con sinceridad —contestó Stella.

—Ojalá lo consigas. Y hablando de otras cosas, llevas ya mucho tiempo en Londres. ¿Es que no piensas volver a Cardiff?

—Verás... mamá tiene un pretendiente y parece que le gusta. Prefiero dejarles solos una temporada, a ver qué sucede. A ella le ha parecido de perlas; por eso he tomado un apartamento y he dejado el hotel.

—Comprendo. Stella, ¿qué te parece si continuamos la diversión por otros procedimientos?

Ella le miró oblicuamente.

—¿Que me propones. Lance Hardigan? —preguntó.

El joven se echó a reír.

—No seas mal pensada. La diversión puede continuar en un teatro, para el que tengo dos butacas reservadas. Es una comedia muy divertida y creo que lo pasaremos bien.

—Entonces, de acuerdo —aceptó Stella.

Al salir, se despidieron de Félix.

—Por cierto, la señorita no ha visto aún los cangrejos vivos —exclamó él de repente.

—Si me permiten, se los mostraré en el acto —dijo el maître galantemente.

Stella se sintió admirada y horrorizada al contemplar aquellos gigantescos crustáceos. Hardigan apenas si hizo caso de sus comentarios. Tenía la vista fija en un gran cajón de madera que contenía, a su vez, un recipiente metálico en el que, indudablemente, viajaban los cangrejos desde su criadero hasta el lugar donde debía ser consumida su carne.

En uno de los costados del cajón había una inscripción en tinta negra: D. K., Weston Court, Squellagh.

* * *

El coche se detuvo y la ocupante saltó al suelo, portadora de un maletín de cuero negro. La puerta de la casa se abrió de inmediato.

Kinnan sonrió. Se acercó a la mujer y la besó afectuosamente en una mejilla. Fanny Orwell le miró inquisitivamente.

—No te preocupes —dijo Kinnan.

—A veces me siento...

—Repito que no debes preocuparte en absoluto.

—Pero él vino en un coche...

—Todo ha desaparecido. Como si jamás hubiera existido.

Fanny emitió un ligero suspiro.

—Si tú lo dices...

Kinnan se apoderó de su carnoso brazo.

—Vamos adentro —dijo.

Cerró la puerta e, inmediatamente, se abalanzó sobre ella con la voracidad de un náufrago hambriento.

—Pero, Delmer...

Kinnan insistía en sus caricias. Fanny empezó a rendirse.

—Ni siquiera me has dado tiempo a arreglarme un poco —protestó, más por fórmula que por convicción.

—¿Para qué, si en seguida te vas a desarreglar? —rió él.

De pronto la levantó en brazos. Fanny lanzó un gritito.

—Dime, encanto, ¿cuánto tiempo hace que no te llevan así a la cama? —preguntó él.

Fanny le miró a través de los párpados entornados. Sonreía agradecida.

—Sólo una vez en mi vida —contestó.

—Ahora habrá más veces, muchas más...

Pasó un espacio de tiempo muy largo» antes de que Kinnan se levantara de la cama.

—Encanto, hablemos ahora de cosas más prosaicas —dijo.

—¿Si, cielo?

—El dinero, por ejemplo.

—Está en el maletín.

—Magnífico.

—Oye, ¿de veras lo necesitas para tu trabajo?

—No lo dudes, hermosa.

—Entonces, yo seré un estorbo para ti...

—¡Qué ocurrencia! Un hombre no se pasa todo el día en el trabajo. También tiene que atender a ciertas necesidades: comer, dormir... y hacer el amor.

Acarició los senos de Fanny, todavía muy atractivos y ella se estremeció ligeramente.

—Olvida el trabajo ahora —suplicó con voz llena de deseo.

Al hacerse de noche, cenaron en el comedor, ella vestida solamente con un liviano peinador, que apenas velaba sus encantos. Kinnan, por el contrario, se mantenía completamente desnudo. «Me gusta estar así, siempre que puedo», le había dicho antes.

Al terminar, ella le hizo una pregunta. Kinnan arqueó las cejas.

—¿De veras quieres saberlo? —exclamó.

—Siento un poco de curiosidad —admitió Fanny.

—Entonces, ven.

Kinnan se puso en pie y la condujo hasta la cueva de los cangrejos, en la que, mezclado con el rumor de las olas, se escuchaba el incesante tableteo de cientos de pinzas que se abrían y cerraban convulsivamente.

Fanny se sintió a punto de perder el conocimiento.

—Horrible —calificó, lívida.

—Pero seguro, infalible —afirmó él.

Fanny trató de recuperarse.

—De todas formas... —Se mordió los labios—. Bueno, quiero decir... Yo no entiendo mucho de esas cosas..., pero creo que los huesos...

—Ah, los huesos —rió Kinnan—. Es cierto, los cangrejos sólo devoran las partes tiernas.

—¿Cayó... ahí vivo?

—No. —Kinnan prefirió mentir—. Ya estaba muerto.

—Al menos, no padeció.

—Fue rápido, en efecto. Pero, aguarda, te voy a enseñar una cosa.

Kinnan se separó un poco, acercándose a la mesa, cubierta por un gran paño blanco. De pronto, tiró a un lado.

Fanny lanzó un horripilante chillido al ver el montón de huesos que blanqueaban sobre la superficie de madera, entre los que destacaba una monda calavera, en la que brillaban dos muelas de oro, que ella conocía muy bien.

El espanto la hizo retroceder con violencia. Sus caderas chocaron bruscamente con la barandilla. Fue un gesto realizado con demasiado impulso, por lo que volteó hacia atrás irresistiblemente.

Kinnan saltó hacia adelante y agarró un extremo del peinador, que se quedó casi integro en sus manos. Fanny cayó sobre un saliente, rebotó y acabó en el suelo de la cueva. Los cangrejos atacaron de inmediato.

—En medio de todo, me has ahorrado un trabajo —dijo Kinnan con espantosa frialdad.

Y luego pensó que, una vez más, era preciso hacer desaparecer el rastro de una persona que había hecho su último viaje a Weston Court.

A unos ochocientos metros de distancia, al abrigo de unos arbustos, un hombre, provisto de unos potentes prismáticos, procuraba no perderse el menor detalle de cuanto sucedía en la casa y podía captar con la vista.

CAPITULO VI

—La fulana llegó y no volvió a salir —anunció Dick Skelton.

Lemmy Coogan llenó un vaso y se lo entregó.

—Sigue —pidió.

—Bien, yo pase de largo por Squellagh, puesto que no quería que me viesen. Por fortuna, en la estación de servicio que hay en Maybole había hecho buen acopio de bocadillos y tenía el termo lleno de café con coñac. Eso me ayudó a pasar la noche, que en aquellos parajes y en este tiempo ya resulta fría. Como digo —siguió después de un buen tiento al vaso—, ella llegó sobre las tres de la tarde. El la recibió y se metieron en la casa. Sobre las siete, cenaron; vio iluminarse las ventanas del comedor en la planta baja...

—¿Por qué no te acercaste? —preguntó Mumms.

—No quería correr riesgos —adujo Skelton—. No hay señales de perros, pero un tipo como Kinnan puede tener instaladas alarmas en el lugar menos esperado, sobre todo, si se tiene en cuenta que no hay tapia; sólo una valla de madera, de menos de un metro de altura.

—Hiciste bien —aprobó Coogan—. Las precauciones, ante todo.

—Gracias, jefe. Bueno, ellos cenaron... y debieron de retirarse a dormir.

—O a hacer otra cosa —rió Mumms.

—Déjale que siga hablando —gruñó Coogan.

—Hombre, ella es guapa y ardiente, y él no está mal...

Bien, el caso es que a las tres de la mañana, él salió de la casa y tiró el coche de la fulana al mar.

Coogan respingó.

—¿Seguro?

—Absolutamente. Oí el ruido del motor al ponerse en marcha; en aquel lugar, los sonidos llegan a gran distancia, y más si el viento viene del mar. Por otra parte, vi que encendía los faros. Hizo rodar el coche unos metros y luego saltó fuera. Con los prismáticos, podía verlo todo perfectamente —afirmó Skelton con gran énfasis.

—Tirar el coche al mar... —Coogan se rascó la mejilla—. Creo que eso significa una cosa.

—La ha despachado —dijo Mumms.

—Pero ¿por qué? ¿No tenía bastante con el marido? —Se extrañó Skelton —. Una vez eliminado el esposo, ella podía darle buenos rendimientos...

—Ese tipo se porta de una forma muy rara —dijo Coogan—. Matar a una mujer millonaria no tiene sentido, si no se hace por celos, y él no parece ser un hombre celoso. Muy posiblemente, le sacó una buena cantidad de dinero y luego la liquidó.

—¿Dejando un millón al aire? —rezongó Mumms.

—Es la segunda vez que me pide informes de cierta clase de matrimonios desavenidos. Sospecho que no le interesa casarse con la viuda, sino sacarle un

buen montón de «pasta».

—El coche se puede encontrar en el fondo del mar. Sería una prueba en su contra —alegó Skelton.

—Tal vez allí hay mucha profundidad —opinó Coogan—. De todos modos, una cosa es cierta: Kinnan puede ser una mina para nosotros.

—¿Cuál es tu plan, jefe? —preguntó Mumms.

—Tengo que pensarlo antes. No quiero cometer errores.

Calló un segundo y prosiguió:

—Estas cosas deben hacerse con el máximo de cuidado, meditando hasta el último detalle, si se quiere que salga bien. Por tanto, mi opinión es que debemos esperar hasta que me haga otro encargo.

—Esta vez le apretarás los tomillos, ¿verdad? —dijo Mumms ansiosamente.

—Subiré un poco la tarifa. Si no la subiera, podría sospechar, pero si le pidiera demasiado, podría buscar a otro. Conviene que me porte correctamente, para que no recele. Después, sí, podremos apretarle las clavijas y extraerle hasta la última gota de jugo.

Coogan sonrió, satisfecho de su idea.

—No tenemos prisa; podemos esperar —concluyó.

* * *

Transcurrieron algunas semanas. Stella había perdido de vista a Hardigan y le vio aparecer de pronto un día en su casa, armado con un monumental ramo de rosas.

—De mi jardín —exclamó él, muy satisfecho.

—¿Lo dices en serio?

—Desde luego. Oye, te encuentro guapísima...

—Eres un mentiroso. Si eso que dices fuese sincero, no habrías estado cinco semanas sin decirme ni pío.

—He tenido trabajo —se disculpó él.

—Tanto, que ni siquiera me has llamado por teléfono una sola vez.

—Estaba muy lejos; costaba carísimo.

Stella le miró oblicuamente.

—¿Acostumbras a desaparecer así, sin avisar? —preguntó.

—Si quieres saber la verdad, te diré que me raptaron o poco menos. He estado en Oriente, planeando unos jardines para un árabe petrolero. Encontró agua en vez de petróleo, ¿sabes? Dicen que se volvía loco de alegría, al ver que una de sus perforaciones «fracasaba».

—Me lo imagino, pero... ¿que eres tú, en realidad, Lance?

—Ingeniero, arquitecto... y aficionado a la botánica, sección ornamental, vulgo jardinería.

—¡Ahí va, cuántas cosas! —exclamó Stella pintorescamente.

—Bueno, es algo que me gusta. Y cuando uno trabaja en algo que le

gusta... ¿Qué tal lo has pasado tú?

—Psé... Trabajando, claro; no voy a vivir continuamente a expensas de mi madre.

—¿Tienes algún empleo?

—Diseño modas. Lo hacía para la «boutique» de mi madre y aquí hay una cadena de tiendas muy importante, que encuentran agradables mis diseños.

—Te felicito —dijo él—. ¿Podemos salir esta noche a celebrarlo?

—Si no fuese por estas rosas tan bonitas... —La muchacha sonrió—. Debes de tener un jardín precioso —supuso.

—Está fuera de Londres, naturalmente, con invernaderos y un hombre que se encarga de la mayor parte de los trabajos digamos de rutina. Ya te lo enseñe un día de éstos.

—Muy bien. ¿Me permites que me arregle?

—Claro.

—Ahí tienes de beber; sírvete a tu gusto —indicó Stella, mientras se alejaba con el ramo de flores.

A la hora de la cena, en el Silver Place, Hardigan recordó algo que había olvidado momentáneamente.

—No te lo dije la vez anterior, pero quiero que lo sepas —manifestó—. ¿Recuerdas la famosa «mousse» de cangrejos?

—Sí. Pedirás esta noche también, supongo.

—Desde luego. Bueno, vienen de Weston Court.

—¿Cómo lo sabes? —se asombró Stella.

—Vi la etiqueta en uno de los cajones de transporte, con las iniciales D. K., que corresponden, es lógico pensarlo así, a Delmer Kinnan. La dirección era Weston Court, Squellagh.

El camarero vino en aquel momento, para tomar nota del pedido. Hardigan observó que en la carta no figuraba el plato preferido de los dos.

—¿Ya no sirven la «mousse» de cangrejos? —inquirió, extrañado.

—Hace algún tiempo que carecemos de la materia prima, señor —respondió el camarero.

—Sí que es raro. ¿Puede avisar, por favor, a Félix, el maitre?

—Lo siento, señor; Félix se despidió hace algún tiempo. Montó un restaurante propio. Si quiere, le daré la dirección...

—Gracias, muy amable.

El camarero se retiró. Hardigan fijó la vista en la muchacha.

—Tendremos que hacer una visita a Félix —sugirió.

—Otro día, me imagino.

—¿Mañana?

—Claro.

—Félix debe de haberse llevado consigo la exclusiva de los cangrejos gigantes —dijo la muchacha.

—Muy posiblemente. Me dio la sensación de que era algo personal.

—¿Un trato privado entre él y Kinnan?

—Sí. Pero podemos preguntarle mañana. ¿Sabes?, sigo todavía intrigado por conocer el paradero de los Pebbs.

Stella hizo un gesto negativo.

—No he vuelto a tener noticias suyas —dijo.

—¿Has averiguado algo? Quiero decir, si has intentado hacer algunas pesquisas...

—He ido un par de veces a su casa. La respuesta es siempre la misma; no se sabe nada de ninguno de los dos.

Hardigan torció el gesto.

—Te diré una cosa: esto me huele muy mal.

—¡Señor! —exclamó el camarero, ofendido.

Acababa de depositar la sopera sobre la mesa y estaba destapándola, cuando Hardigan pronunció su frase.

El joven se echó a reír.

—Lo siento, pero no me refería a la cocina de este restaurante —se disculpó—. Hablábamos de otro asunto que no tiene nada que ver con esta sopa tan exquisita.

—Eso me tranquiliza, señor —sonrió el camarero.

La velada transcurrió con toda normalidad. Al separarse, quedaron de acuerdo en ir a cenar al día siguiente al restaurante de Félix, cuya dirección había anotado el joven. Hardigan fue puntual y recogió a la muchacha a las seis de la tarde.

Media hora después, se detenían junto a un edificio, de apariencia más bien modesta, en el que se veían la puerta y las ventanas cerradas y cubiertas con planchas de madera. Hardigan se apeó, estupefacto, y consultó la nota que había tomado la víspera.

—No hay error posible —dijo—. Esta es la calle y éste es el número.

—¿Buscaba algo, caballero?

Hardigan se volvió de pronto y sonrió al fornido policeman que le había dirigido la pregunta.

—Me informaron que se había abierto un nuevo restaurante en este número —contestó.

—Empezaron a montarlo, es cierto —respondió el agente—. Pero, a los pocos días, se suspendieron los trabajos, ignoro las causas. Lo más probable es que el dueño reconsiderase su decisión.

—Se llama Félix, aunque ignoro el apellido. Era maître del Silver Place.

—Ah, Félix... Si, un caballero muy simpático. Hablé con él un par de veces, pero luego, por lo visto, dio orden de suspender todo. No he vuelto a verle.

—¿Sabe dónde vive?

—No, señor. Lo siento muchísimo? ¿Es amigo suyo?

—Sí. Hace tiempo que nos habló de que iba a montar su propio negocio y queríamos felicitarle. Por lo visto, las cosas no le rodaron tan bien como pensaba.

—Así parece, señor. Buenos días, señor.

El guardia saludó y se alejó con paso mesurado. Hardigan volvió al coche y sacó cigarrillos.

—¿Qué te parece? —preguntó al cabo de unos instantes.

—Sorprendente —respondió Stella.

—Es curioso —musitó él—. Félix hacia honor a su nombre; parecía un hombre feliz, contento de la vida, enamorado de su profesión... Resulta lógico que quisiera dejar de ser un asalariado y convertirse en su propio patrón, pero, ¿por qué desaparecer tan repentinamente, abandonándolo todo a medio hacer?

—No encuentro ninguna respuesta lógica —manifestó Stella—. Pero si una coincidencia más que sospechosa.

—¿Cuál, por favor?

—Pebbs fue a Weston Court...

—Kinnan no lo admitió.

—Pero tampoco lo negó. El caso es que, de un modo u otro, estaba relacionado con Weston Court, como Félix. Y ambos han desaparecido.

—¿Sospechas algo malo?

Hardigan alargó la mano hacia la llave de contacto.

—Sospecho lo peor —contestó—. Pero, como ahora no podemos hacer nada, sugiero que vayamos en busca de otro sitio, en donde consigamos acallar los gritos de nuestros estómagos.

CAPITULO VII

Inclinado sobre su tablero de dibujo, realizaba algunos cálculos, cuando, de pronto, sonó el teléfono.

Maquinalmente, alargó la mano y descolgó el aparato.

—Hardigan —dijo.

—Hola, jugador —exclamó una mujer.

—¿Cómo?

—Dos ases pierden ante tres seises —dijo ella.

—Oh, por todos los... Perdona, Muriel: no había reconocido tu voz. Me alegro sinceramente de oírte.

—Eres un embustero. ¿Por qué has dejado pasar tanto tiempo sin jugar otra partida?

—He estado en el extranjero —se disculpó él.

—Oh... Bien, ¿no te apetecería otra partidita?

—Pues... —dudó Hardigan.

—Además, tengo algo interesante que contarte. Hoy es día de descanso en mi casa. Ven a partir de las cinco.

—De acuerdo.

Hardigan fue puntual. A fin de cuentas, Muriel era una mujer muy hermosa y ardiente. Los primeros encuentros, resultaron altamente satisfactorios para ambos.

Luego no hemos jugado siquiera una mano —exclamó el de pronto.

—La partida que jugamos sirve para un montón de veces —rió Muriel.

—Si tú lo dices...

—¿Tienes motivo de queja?

—Oh, no, en absoluto. Pero, si mal no recuerdo, tenias algo interesante que contarme.

—Es cierto.

Muriel alargó el brazo y dejó el cigarrillo a un lado.

—¿Te acuerdas de Pebbs? —preguntó.

—Por supuesto. Me prometiste la cuarta parte de lo que te debía, pero no he vuelto a saber absolutamente nada de él.

—Yo tampoco —dijo Muriel—Es más, sospecho que no volveremos a verle jamás.

—Quizá sea una pérdida que nadie lamentará, salvo los interesados, y no por afecto personal, precisamente.

—Desde luego. Pero me parece que el caso de Pebbs ha vuelto a repetirse.

—Vaya, otro que se ha largado sin pagarte...

—No —rectificó ella—. Algy Reel no me debía un penique. Pero ha desaparecido desde hace semanas y no se tienen noticias suyas. Ni tampoco de su esposa, buena amiga, además de cliente.

Hardigan entornó los ojos.

—¿Qué sospechas? —preguntó.

—Como digo, Susan Reel era buena amiga mía y muy rica. Hace unas seis semanas, vino una noche a jugarse unas cuantas libras, solía hacerlo un par de veces al mes, casi siempre sola... La verdad es que venía en busca de plan, quiero decir, tratando de encontrar un acompañante para unas cuantas horas. Yo solía recomendarle siempre a algún joven vigoroso, ¿comprendes?

—Eras buena amiga, en efecto. Seguramente, lo habrías «probado» antes —rió el joven.

Ella le dio un cachetito en la mejilla.

—No intentes jamás entrar en los secretos íntimos de una mujer —le apostrofó.

—Muy bien, de acuerdo. Susan y tú sois amigas. ¿Qué más?

—Aquella noche no había ningún tipo medianamente atractivo para ella. Debes tener en cuenta que anda rondando ya los cuarenta años y que su marido no lograba satisfacerla por completo. Es un buen hombre... y poco más.

—En resumen, un tipo insignificante.

—Exacto. El dinero era de ella y... Bien, el caso es que, después de la sesión, Susan y yo conversamos un rato. La vi nerviosa y me dijo que iba a divorciarse de Algy. Lo encontré muy natural y procuré animarla. Era un paso que debía dar inevitablemente, era aún joven, tenía pleno derecho a ser feliz... En resumen, lo que se suele decir en estos casos.

—Sí. Continúa, por favor.

—Bueno, ella dijo que el divorcio le iba a costar dinero, pero que no le importaba demasiado.

—¿Mucho dinero?

—Cien mil.

—Nada del otro mundo, claro —comentó Hardigan irónicamente.

—Susan necesitaba ese dinero en efectivo. Tenía cierta cantidad disponible en el Banco, pero para completar la suma acordada, necesitaba realizar unos títulos, cosa que exige algo de tiempo, si no se quiere hacer con fuertes pérdidas. Abreviando, le presté treinta mil libras, en un cheque, contra esos títulos. Los tengo todavía y ya han subido un cinco por ciento, pero Susan no ha vuelto a rescatarlos.

—¿Qué me dices de su esposo?

—Ah, no ha vuelto a poner los pies en esta casa. Imagino que con las cien mil libras se estará dando la gran vida por alguna parte.

—O sea, han desaparecido los dos.

—Sí, Lance.

Hardigan pensó de inmediato en los Pebbs.

—Claro que entonces la suma era solamente de veinticinco mil libras —murmuró.

—¿Cómo dices? —exclamó Muriel.

—Hermosa, ¿has oído hablar alguna vez de un lugar llamado Weston

Court? —preguntó él de sopetón.

Muriel arrugó el entrecejo.

—Es curioso —murmuró.

—¿Qué pasa?

—Algy Reel... La última noche que estuvo aquí. Vino al teléfono de mi despacho; hay otros dos en las salas, pero aquella noche estaba lleno de gente y el ruido era intenso. Habló con Susan y le dijo que al día siguiente iría a Weston Court.

—¿Te mencionó ella ese nombre?

—No. Sólo habló de lo referente al divorcio. Pero ya le había dado el dinero a su esposo; la conversación que tuvimos ocurrió antes de esa noche.

—Tú no le preguntaste nada a Algy.

—Con él no tenía tanta confianza. Me pareció tranquilo, con el aspecto de costumbre... y, desde luego, no demostró haber recibido ya las cien mil libras. O estar a punto de recibirlas, cosa que no sé a ciencia cierta.

—Pebbs también tuvo algo que ver con Weston Court —dijo Hardigan pensativamente. De pronto, se incorporó—. Está bien, haré lo que pueda...

Muriel alargó el brazo y lo hizo tenderse de nuevo.

—Ahora no, hombre —rió—. Las cosas no van a cambiar por un retraso de algunas horas.

Estaba cubierta con una sábana y de repente la echó a un lado.

—No sé qué me pasa —suspiró—. Siempre pierdo...

Hardigan se inclinó y besó uno de los rosados pezones.

—¿Conmigo? —preguntó.

Tienes los cuatro ases en la mano —respondió ella ardientemente.

* * *

—Confirmado —dijo Skelton—. Ella también.

Lemmy Coogan hizo un gesto afirmativo.

—Os lo dije. Valía la pena esperar.

—Es cierto —convino Mumms—. Tú tenías razón, jefe.

—¿Y bien? ¿Qué piensas hacer ahora? —consultó Skelton.

Coogan echó un vistazo a su reloj.

—Saldré mañana temprano para Weston Court —respondió.

—¿Solo?

—Es lo mejor.

—Jefe, creo que debes tener cuidado. Ese tipo es muy peligroso. Coogan palmeó orgullosamente el lado izquierdo de su pecho.

—Con «esto» no le temo ni al mismísimo diablo —contestó.

—Weston Court está muy lejos. No podrás volver el mismo día —advirtió Skelton.

—Hay un hotel en Squellagh, ¿no? Me alojaré allí por la noche y regresaré al día siguiente.

—Con los bolsillos llenos de «pasta». —Mumms se frotó las manos por anticipado—. Y más encargos, supongo —añadió.

Coogan encendió un cigarrillo y expulsó el humo placenteramente.

—Eso ni se duda —respondió.

Cuando llegó a Weston Court, al día siguiente, se sentía muy fatigado. No obstante, pensó que antes de un par de horas estaría descansando cómodamente en el hotel de Squellagh. Salió del coche y golpeó la puerta con el historiado llamador de hierro forjado que era su principal adorno.

Los golpes resonaron fuertemente en el interior de la casa. Pasaron casi cinco minutos antes de que alguien respondiera a las llamadas.

La puerta se abrió. Kinnan alzó las cejas al ver a un visitante totalmente inesperado.

—Señor Coogan —dijo.

El sujeto se extrañó un tanto de ver a Kinnan con bata blanca.

—No sabía que fuese médico —exclamó.

—Soy biólogo —contestó el dueño de la casa—. Pero creo que eso no tiene importancia ahora. Usted ha venido a visitarme para algo importante, presumo; de lo contrario, no se habría desplazado a Londres.

—Es cierto —admitió Coogan—. Sin embargo, creo que hablaríamos mejor dentro de la casa, ¿eh?

—Muy bien, pase.

Kinnan le condujo a un saloncito íntimo.

—Me gustaría tomar un trago —manifestó Coogan.

—Desde luego. Empiece a hablar, Lemmy.

—Se trata de la señora Reel. Vino aquí y no ha vuelto a salir.

Sobrevino una pausa de silencio. Kinnan llenó dos copas y entregó una a su visitante.

—Me han vigilado —dijo al cabo.

—No serviría de nada negarlo —contestó Coogan desvergonzadamente—. Y lo mismo le sucedió a la señora Orwell. Y a la señora Pebbs. Usted no tiene aquí un harén compuesto por cuarentonas, ¿verdad?

Kinnan rió tenuemente.

—Es usted muy listo, amigo mío, infernalmente listo —dijo—. Si hubiera seguido otro camino, puede que a estas horas fuese ya superintendente jefe en Scotland Yard.

—Me expulsaron de la policía hace dieciséis años —dijo Coogan rencorosamente—. Pero siempre se aprenden cosas.

—Indudablemente —convino Kinnan—. En resumidas cuentas, Lemmy, usted quiere más dinero.

—Aquí no tiene usted un harén, sino un cementerio.

—Es usted infernalmente listo, amigo mío.

Kinnan pareció meditar unos segundos.

—Perdone —dijo al cabo—, pero estaba haciendo un trabajo y no puedo dejarlo durante mucho tiempo. ¿Quiere acompañarme y hablamos mientras

termino la tarea?

Coogan sacó a relucir un revólver.

—Le advierto que no pienso tolerar trampas —dijo con dureza.

—Oh, no tema, lo que menos se me ocurriría sería engañarle a usted. Sígame, por favor.

Momentos después, estaban en una gran habitación. Coogan divisó algo parecido a un gran estanque metálico, del tamaño de un bidón de petróleo, muy brillante y pulido, con un cubo al pie, que estaba casi lleno de polvo blanquecino, algo grisáceo.

Encima de una enorme mesa había un gran depósito de paredes de vidrio, en el que se movían media docena de cangrejos gigantescos.

—Menuda sopa deben hacer esos bichos —comentó Coogan.

—No se lo imagina siquiera —sonrió Kinnan—, Perdone, pero rengo que darles una ración del alimento especial.

Agarró una pequeña paleta, tomó una cantidad del polvo blanco y lo esparció sobre la superficie del agua contenida en el tanque rectangular.

—Es un alimento especial; por eso alcanzan ese tamaño tan grande —explicó.

—Si lo comercializara, se haría rico —dijo Coogan.

—Estoy intentándolo. Tengo un criadero, ¿sabe?

—Oh... Claro, resulta lógico...

—¿No le gustaría verlo?

—Señor Kinnan, dejémonos de rodeos. He venido a pedirle dinero —exclamó Coogan.

—¿Cuánto?

—Veinticinco mil. Y, a partir de ahora, la cuarta parte de lo que obtenga mediante mis informes.

Kinnan guardó silencio unos instantes, mientras parecía abstraído en la contemplación de los cangrejos.

—Supongo que habrá dejado detrás de sí algo que le ponga a cubierto de posibles riesgos —dijo por fin.

—Supone acertadamente. ¿Y bien?

—No tengo otro remedio que aceptar su... proposición, Lemmy. ¿Quiere acompañarme al criadero?

Coogan blandió el revólver.

—Piense en este chismecito —dijo—. Hace «¡pum!» y mata.

—Lo sé, lo sé —contestó Kinnan resignadamente. Agarró el cubo por el asa y echó a andar—. Así que veinticinco mil libras.

—Ni un penique menos.

Minutos después, llegaban a la cueva. Coogan se sintió aterrado al ver el sinnúmero de cangrejos que pululaban en aquel lugar. El castañeteo de las pinzas resultaba casi ensordecedor.

—Cielos —murmuró.

De repente, algo le cegó.

Un rugido de fiera brotó de sus labios, al comprender que Kinnan le había arrojado al rostro el contenido del cubo. Disparó enloquecidamente, sin ver, oyendo los chillidos de las balas al rebotar contra las rocas. De pronto, sintió un terrible golpe en la parte posterior de cráneo.

Mientras caía, comprendió, en una centésima de segundo, que Kinnan había utilizado el pesado cubo para atacarle por detrás. Perdió el conocimiento casi instantáneamente.

Cuando lo recobró, sintiendo fuertes náuseas, se encontró desnudo por completo, con medio cuerpo apoyado en la barandilla. Kinnan le sujetaba con fuerza por la nuca.

—Lemmy, es usted un tonto —dijo—. No ha podido dejar nada escrito, porque estaba seguro de que cedería a sus pretensiones. Ceder ante un chantajista una vez, es condenarse a la ruina, y eso es algo que no puedo tolerar. Por otra parte, sus compinches no dirán nada, ni siquiera por una llamada anónima a la policía. Están tan metidos como yo en este juego y, si bien me atrapasen, lo denunciarían. Aparte de que no son tan inteligentes como usted, que ya es decir —añadió Kinnan irónicamente.

—Suélteme —jadeó el sujeto—. Le prometo que callaré...

—Nada de eso —contestó Kinnan—. Mis cangrejos tienen hambre.

Alargó la mano derecha, agarró a Coogan por la entrepierna y lo hizo voltear.

Coogan cayó, lanzando un aullido. Un cangrejo le mordió instantáneamente, pero se levantó y echó a correr.

Enloquecido de pánico, vio que no podría llegar a la barandilla, detrás de la cual Kinnan reía demencialmente, como poseído por el diablo. Más pinzas le mordieron en las pantorrillas y en los tobillos y, finalmente, pensó que su única salvación estaba en alcanzar a nado la salida de la cueva.

Pero allí encontró la reja de hierro.

CAPITULO VIII

La puerta se abrió. Edith MacClure reconoció al visitante y sonrió alegremente.

—Señor Hardigan —exclamó.

—Hola, Edith —saludó el joven —. ¿Puede anunciarme al señor Kinnan?

—Lo intentaré. Ahora está en su laboratorio y no le gusta que le moleste...

—Oh, tiene un laboratorio.

—Sí, creo que investiga algo sobre alimentos especiales, pero no sé más, ni tampoco entiendo mucho. Entre, se lo ruego.

—Gracias.

—Le traeré un poco de té. ¿O prefiere café?

—Café mejor, gracias.

Edith se marchó, para volver unos minutos después.

—El señor Kinnan vendrá en seguida —anunció—. Me encarga le diga que no puede abandonar su trabajo en este preciso instante y que espera sepa disculparle.

—No se preocupe —sonrió el joven.

—Esta vez ha venido solo —observó Edith.

—Sí, la señorita Stella tiene trabajo.

—Comprendo. Es muy guapa, señor Hardigan.

Edith sonrió y se marchó. Hardigan encendió un cigarrillo después de tomar una taza de café. Se preguntó cómo abordaría la cuestión. Debía ser diplomático, para no despertar sospechas en el sujeto, aunque iba a resultar muy difícil.

Transcurrieron algunos minutos. De pronto, se abrió la puerta.

—¿Cómo está» señor Hardigan? —saludó el dueño de la casa.

Hardigan se puso en pie.

—Celebró verle —dijo—. Sé que ha llegado intempestivamente...

—Por favor, no se preocupe —sonrió Kinnan, a la vez que hacia un ademán—. ¿Viene a preguntarme otra vez por Pebbs? Tendré que darle la misma respuesta que en la ocasión anterior.

—Ahora ya no se trata de Pebbs, sino de Susan Reel.

Los ojos de Kinnan emitieron un ligero chispazo.

—La conoce usted —murmuró.

—Es mi prima —mintió Hardigan.

—Oh... Pero ¿qué le hace suponer que yo puedo saber algo de su prima?

—Su esposo desapareció. Ella también, muy pocos días más tarde.

—Admito que ambos estuvieron aquí, pero se marcharon. No sé más de ellos.

—Susan entregó a su esposo cien mil libras» para obtener el divorcio.

—No he visto un solo penique de esa suma, señor Hardigan. Y me hubiera venido bien, francamente.

—¿Por qué? ¿Está en dificultades económicas?

—En realidad, no tendría por qué contestar a sus preguntas, que estimo impertinentes, pero no quiero que pueda sospechar algo turbio de mí. Realizo experimentos sobre ciertos alimentos especiales. Esto cuesta dinero, simplemente.

—No sabía que fuese usted científico...

—Biólogo —puntualizó Kinnan.

—Experimenta con cangrejos gigantes.

—¿Cómo lo sabe?

Hardigan sonrió.

—He comido mousse de cangrejos en el Silver Place —manifestó.

—Es cierto; yo le suministraba la materia prima a Félix, el maître.

—Por cierto hace mucho que no le veo —dijo el joven—. Me informaron de que iba a abrir un restaurante propio, pero, al parecer, las cosas no le fueron bien y desistió de la idea.

—Hace tiempo que no me pide materia prima, en efecto. Pero no sé qué decirle...

—A decir verdad, me interesan más los Reel. Y Pebbs, claro.

—Vuelvo a expresarle mi sentimiento, señor Hardigan. ¿Otra ropa?

—No, gracias. Voy a marcharme.

—Como guste. Le acompañaré.

Los dos hombres salieron de la estancia. De súbito, Kinnan hizo una sugerencia a su visitante:

—¿Le gustaría ver mi criadero de cangrejos gigantes?

Hardigan, sorprendido, se volvió. Durante un segundo, tuvo la vista fija en el rostro del dueño de la casa. Kinnan sonreía apenas, pero de un modo muy especial. Al joven le pareció de repente hallarse ante un demonio, una auténtica reencarnación de Satán. Y aquel diablo estaba en sus dominios, dentro de los límites del infierno.

La propuesta le hizo sentir un instintivo terror que, sin embargo, logró no se trasluciera exteriormente.

—No, gracias —dijo—. Ya los vi en el Silver Place. Una vez más, le ruego me dispense.

—Al contrario, ha sido un placer.

Hardigan caminó hacia su coche, sintiendo fuego en la nuca. No se atrevió a volver la cabeza, hasta que percibió el tranquilizador sonido del motor en marcha. Entonces, hizo un ligero ademán y sonrió, al mismo tiempo que arrancaba.

Mientras emprendía el camino de regreso, concibió una idea y se dijo que valía la pena ponerla en práctica.

* * *

La puerta tardó un poco en abrirse. Al fin, Edith apareció en el umbral, un

tanto sofocada y con el cabello ligeramente desordenada.

—Oh, es el señor Hardigan —exclamó.

Edith parecía confusa. Hardigan divisó a un hombre en el fondo de la pieza.

—Perdone, Edith,, pero creo que molesto...

—No, en absoluto. Entre, se lo ruego: el señor Stephenson ya se marchaba. Jack —.se dirigió al individuo—, te presento al señor Hardigan.

Stephenson se puso en pie. Era un sujeto fornido, de unos cuarenta y cinco años, con el rostro tostado propio de los hombres de su oficio.

—¿Cómo está? —saludó gravemente.

—Es un placer, señor Stephenson —sonrió el joven. «Un hombre de cuarenta y cinco años, una viuda de, más o menos, la misma edad, rolliza y mantecosa...» Sí, eran cosas que pesaban, se dijo.

Stephenson se marchó. Edith sonrió, un tanto nerviosa.

—Es uno de los mejores pescadores —declaró—. Viene a verme con alguna frecuencia y siempre me obsequia con una buena pieza... ¿Quiere un traguito, señor Hardigan?

El joven vio una botella y dos copas encima de la mesa. Sería un whisky elaborado en alguna destilería privada, calculó.

—Lo estimare —dijo.

Edith le entregó una copa. Hardigan olió primero y luego probó el licor.

—Excelente —aprobó—. Tiene el sabor de lo auténtico.

—Lo destila el hermano de Jack..., quiero decir, el señor Stephenson.

—Felicítele de mí parte. Y ahora, Edith, le ruego que permita hacerle algunas preguntas.

—Sí, señor. Pero, siéntese, por favor.

—Gracias, Edith, ¿qué visitas recibe el señor Kinnan?

La mujer pareció sentirse ofendida.

—Señor Hardigan...

—Por favor, no lo interprete mal. No se trata de chismorrerías, ni tampoco soy periodista.

—El señor Kinnan me aprecia mucho y me da un salario espléndido —dijo la mujer.

—Escuche, no trato de que me haga confidencias sobre hechos que usted debe callar, lógicamente. Pero creo que se trata de algo muy grave.

—¿Qué sucede? Por favor, no me alarme...

Hardigan sonrió.

—Tranquilícese, por favor; no va nada contra usted. Se trata de cierto número de personas que han venido a Weston Court y de las que no se ha vuelto a saber nada más.

—Lo siento, pero creo que se equivoca, señor Hardigan.

—Edith, usted va allí solamente por las mañanas, ¿verdad?

—En efecto, de nueve a tres.

—Y ya no vuelve hasta el día siguiente.

—Claro.

—Por tanto, esas visitas han tenido que llegar después de las tres de la tarde. Recuerde, además, que la desviación para ir a Weston Court está antes de llegar al pueblo. Cualquiera puede dirigirse allí, sin necesidad de que lo vean en Squellagh.

—Eso es muy cierto —convino la mujer—. El señor Kinnan es un poco raro con sus cangrejos...

—¿Los ha visto usted?

—Sí, los que tiene en el laboratorio, pero nunca he bajado a la cueva, donde está el criadero.

—Ah, una cueva.

—Sí, es muy antigua, según dice Jack. Pero nunca va por allí con su barca. O casi nunca; aquellos acantilados son muy peligrosos y el mar muy profundo en aquella parte de la costa.

Hardigan reflexionó unos instantes.

—Voy a pedirle un favor, Edith. Si no le gusta lo que quiero decirle, respóndame con absoluta franqueza, ¿entendido?

—Sí, señor.

—Por favor, con toda discreción, mire a ver si ve ropas u objetos personales en la casa, que no pertenezcan al señor Kinnan. No le diga nada, tanto si encuentra algo, como si no.

—Me está asustando —dijo Edith.

—No tema —sonrió Hardigan—. Si actúa con discreción, y creo que lo hará, no sucederá nada.

—Pero... ¿qué es lo que pasa?

—Eso es algo que me gustaría también saber a mi —suspiró el joven. Decidió mentir un poco—: Estoy investigando unos casos de desaparición fraudulenta, gente que ha estafado mucho dinero y ha considerado oportuno huir del país. Sospecho que el señor Kinnan les ha ayudado a conseguirlo, pero puede que hayan dejado algún rastro. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Sí, señor, ahora sí —respondió Edith, más tranquilizada.

Hardigan sacó una tarjeta de visita y cinco billetes de cinco libras.

—Oh, no, señor; no puedo aceptar... —protestó la mujer.

—Cómprele alguna cosilla a Jack —sonrió Hardigan.

Edith se ruborizó intensamente.

—Pretende casarse conmigo —declaró.

—Estoy seguro de que serán muy felices. —El joven se levantó—. Por favor, Edith, ni una sola palabra al señor Kinnan.

—Descuide.

Hardigan abandonó satisfecho la casa de la viuda. Todo era cuestión de paciencia. Edith tardaría más o menos tiempo, pero acabaría por saber alguna cosa, que le pusiera sobre la buena pista.

Le había dicho una mentira, a fin de no alarmarla en exceso. Pero estaba seguro de que en Weston Court había ocurrido algo espantoso.

Ni siquiera era capaz de pensarlo, porque le daba miedo.

* * *

Stella entró en el apartamento. Hardigan estaba en la cocina, calentando agua para el té.

—Hola, descuidado; te has dejado la puerta abierta —exclamó.

—He estado de compras y venía muy cargado —se disculpó él, sin abandonar su puesto frente al fogón—. Saldré en seguida, con el té a punto.

Stella se acercó al diván. Encima de la mesita baja divisó un libro, cuyo título le extrañó sobremanera: Vida y costumbres de los cangrejos.

Hardigan salió a poco con la bandeja en las manos.

—Encantadora, como de costumbre —sonrió.

—¿Piensas dedicarte a la cría de cangrejos tú también? —preguntó la muchacha.

—Por lo menos, aprendo algo acerca de esos animalitos tan sabrosos. ¿Leche, limón?

—Un poco de leche y un solo terrón de azúcar —indicó Stella. ¿Qué has averiguado de esos crustáceos?

—Bueno, son muy voraces, comen de todo, cualquier cosa que se les eche o encuentren... Abundan en cantidades indescriptibles, desde Massachusetts al norte de Sudamérica, pero el «rey de los cangrejos», como se le denomina, es el de Alaska, que alcanza hasta un metro y veinte centímetros. Una buena pieza, ¿eh?

—Los que vimos en el Silver Place no era tan grandes —observó la muchacha.

—No, pero tenían entre sesenta y ochenta centímetros, que ya es un tamaño respetable.

—Y pon eso, ¿adónde quieres ir a parar?

Hardigan miró fijamente a la muchacha.

—Stella, además de los Pebbs, se que han desaparecido otras dos personas, también matrimonio: Algy y Susan Reel. Y también fueron, aunque separados, a Weston Court.

Ella se mordió los labios.

—¿Hemos de suponer que Kinnan es el asesino?

Hardigan asintió en silencio.

—Pero ¿por qué? —preguntó la chica.

—Dinero. Vicky Pebbs sacó veinticinco mil libras del Banco. Susan Reel extrajo cuatro veces más.

—Cien mil.

—Exacto.

—Ha asesinado a esas cuatro personas por dinero..., pero ¿qué ha hecho con los cadáveres? No es fácil ocultar el cuerpo de cuatro personas, aunque, claro, el mar está cerca...

—No fueron a parar al mar —dijo Hardigan, muy serio.

Se produjo un intervalo de silencio. De pronto, Stella exclamó:

—¡Por el amor de Dios, Lance, habla pronto!

—Los cangrejos comen de todo —contestó Hardigan.

CAPITULO IX

Stella sintió una especie de mareo, que le hizo creer que la casa daba vueltas a su alrededor. Hardigan se alarmó al verla palidecer y buscó la botella de coñac.

—Toma, bebe —dijo, poniéndole una copa en los labios.

Stella tomó un par de sorbos. El coñac la hizo toser. Los colores volvieron lentamente a su rostro.

—Dispénsame, no he podido evitarlo —murmuró.

—No tienes nada que reprocharte —sonrió él—. También yo me sentí horrorizado cuando empecé a sospechar la verdad. Es algo que no se puede describir con palabras, Stella.

—Demasiado horrible —convino la muchacha apagadamente—. No comprendo cómo pueden existir cierta clase de personas...

—El mundo entero es un «zoo» gigantesco y en él abundan las fieras de dos patas —contestó Hardigan sentenciosamente.

—Pero ¿cómo cabe semejante idea en una mente humana?

—Stella, no le des más vueltas. Kinnan ha cometido esos asesinatos. Tenía que hacer desaparecer los cadáveres. Los cangrejos han servido perfectamente a sus propósitos.

—¿Tantos tiene en la casa?

—Hay una cueva subterránea, que comunica con el mar, en donde está el criadero.

—¿Lo has visto?

—Quiso enseñármelo. No acepté. Francamente, me miraba de un modo que me puso la carne de gallina. Creí que estaba delante de un demonio.

—Está en «Los Limites del Infierno», es lógico. Lance, ¿qué piensas hacer? Creo que deberías avisar a la policía.

Hardigan movió, la cabeza negativamente.

—De nada serviría —dijo—. No hay cadáveres, no hay pruebas de delito.

—Pero, seguirá matando... Si la policía le interroga, aunque no le hagan nada, continuará sus crímenes.

—Quizá ahora se contenga un poco. Entre las muertes de los Pebbs y de los Reel, han transcurrido varios meses. Necesita tiempo para estudiar las costumbres de sus víctimas. Yo pienso que, de alguna forma, persuade a la mujer, que es siempre la que tiene el dinero, para que se separe de su esposo. O tal vez convence a éste de que invierta dinero en su negocio de cría de cangrejos. El caso es que consigue miles de libras y luego, naturalmente, evita compromisos por medio del asesinato.

—Hay otra posibilidad, Lance. Mamá habló una vez con Vicky, quien le dijo que estaba desesperada con su marido y que a veces sentía deseos de matarlo. Mamá logró tranquilizarla, pero volvió a casa muy preocupada. Eso fue mucho después de que él nos estafara el dinero.

—Sí, continúa.

—Se me ha ocurrido de repente... Quizá Vicky contrató a Kinnan para que asesinara a su marido. Luego fue a pagarle la suma convenida..., y se quedó para siempre en Weston Court.

—Es posible. Pero ¿por qué no se divorció Vicky de su marido?

—Lo probó rodo, incluso siéndole infiel. El no accedía al divorcio. Claro, se le «secaba» la fuente.

—En esas circunstancias, una mujer desesperada es capaz de todo —convino el joven.

Calló un instante y añadió:

—Luego, los cangrejos...

De repente, Stella se puso en pie, con una mano en la boca.

Voy al baño anunció, con palabras apenas inteligibles.

La muchacha regresó pasados unos minutos, más pálida aún que la vez anterior, y se derrumbó en el diván.

—Lance, más coñac, por favor —solicitó.

El joven llenó la copa. Stella la vació de un trago.

—Te sentará mal —advirtió el.

—Hay otra cosa que me ha sentado peor —confesó Stella—. Lance, creo que, a partir de ahora, voy a odiar los cangrejos. Y las langostas y... Todo lo que tenga pinzas y caparazón...

—Pero ¿por qué?

—¿Es que no lo comprendes? —gritó ella descompuestamente—. ¡Los cangrejos que comimos habían sido alimentados con carne humana!

Hardigan se quedó inmóvil un instante. Luego se abalanzó sobre la botella de coñac.

Tardaron unos minutos en recobrar la serenidad. Entonces, él dijo:

—Stella, quizá aquellos cangrejos no...

—¡Por favor, no los menciones siquiera!

—Ten calma —rogó él—. Porque todavía tienes que oír algo peor.

—¿Peor? ¡Imposible!

—Sí. Los cangrejos devoran, indudablemente, las partes blandas del cuerpo de una persona, pero los huesos, que son duros... ¿Que se ha hecho de los esqueletos de las víctimas?

—Lance, voy a volverme loca... —gimió Stella.

—Es preciso ser valerosos y encararse con la realidad —dijo él—. Las cosas están así y no hay que darle más vueltas.

—Tienes razón —murmuró la joven—. Bueno, posiblemente, los arrojó al mar, siempre lastrados...

—Quizá —respondió Hardigan.

Abrió una caja que había sobre la mesa y sacó un cigarrillo. Stella se lo quitó con mano trémula, una vez encendido.

—Es preciso reconocer que no contamos con la menor y prueba que podamos presentar a la policía —habló, pasados unos momentos—. Si

atendieran a todos los que sospechan que cada persona desaparecida es victima.de un asesinato, no harían nada más en las veinticuatro horas del día. Dije a Edith que mirase de encontrar algo, pero dudo de que consiga nada positivo.

—¿Por qué? —preguntó Stella.

—Las ropas son fáciles de quemar y, sin prisas, puede hacerlo de modo que no queden más que cenizas, absolutamente. Todo lo que no sea metálico, puede arder en una de las chimeneas. Luego apaga el rescoldo con un poco de agua o, simplemente, espera que se apague por sí mismo, y lanza las cenizas al mar. Los objetos metálicos se hunden en el agua...

—Los submarinistas de la policía pueden rastrear, Lance.

—Sin una prueba muy seria, no puedes hacer nada —insistió él—. Pero incluso hasta los huesos pueden ser calcinados y consumidos por el fuego. En este tiempo, la chimenea estará encendida permanentemente. No, creo que estemos completamente inermes ante ese diabólico asesino.

—¿Hemos de permitir que siga cometiendo más crímenes? —preguntó ella con acento desanimado.

—En todo caso, si piensa en más asesinatos, tardará algún tiempo todavía, según se deduce del intervalo entre las desapariciones de las Pebbs y los Reels. Pero, ¡calla! —exclamó Hardigan de pronto—. Se me acaba de ocurrir una idea.

—¿Es buena, Lance?

—Creo que si —respondió el joven.

Dejó el cigarrillo en el cenicero y se fue hacia el teléfono, en el que habló brevemente. Al cabo de unos segundos, lo dejó nuevamente en la horquilla.

—Mi amigo tardará tres semanas en regresar —dijo—. Creo que podemos esperar sin riesgo ese tiempo.

—Espero que Kinnan no haga nada malo antes —deseó la muchacha fervientemente.

* * *

El hombre entró en el pub caminando con dificultad. Los años le habían vencido y tenía las espaldas curvadas y necesitaba apoyarse en un bastón. Además, precisaba de la ayuda de unos lentes de gruesos cristales.

Tras unos segundos de indecisión, caminó lentamente hasta una mesa en la que dos individuos bebían sendas jarras de cerveza.

—Muchachos, no les importará que me sienta aquí —dijo, sonriendo amablemente.

—Claro que no, abuelo —contestó Mumms jovialmente—. Pida una jarra, yo le invito...

—Mi pobre estómago ya no admite la cerveza siquiera —dijo el anciano —. Tendré que contentarme con una taza de té.

—Desde luego. ¡Eh, Sally, trae al caballero una taza de té!

—Ahora mismo —contestó la camarera.

El anciano sacó un billete de una libra y lo dejó sobre la mesa.

—Permítanme corresponder, muchachos. Pidan otra jarra por mi cuenta.

—Muy bien, sí tanto insiste, señor...

—Smith, me llamo Smith, muchachos.

—Yo soy Jerry. El es Dick —dijo Mumms.

Smith sacó una vieja pipa y se la colgó de los dientes.

—Es por la costumbre, pero tampoco puedo fumar. Llegar a viejo es un asco.

—Y que lo diga, señor Smith —rió Skelton.

El anciano movió su dedo índice.

—Apostaría algo bueno a que sé de qué estáis hablando —dijo.

Skelton cruzó una mirada con su compinche. «Ni se lo imagina siquiera; ese bastardo de Coogan prometía mucho y, a la hora de recoger la cosecha, alzó el vuelo y nos dejó plantados», pensó, con la sonrisa por fuera y la furia por dentro.

—No estabais hablando ni del último Derby ni del Grand National de Liverpool, ni del Manchester United ni de la final de rugby —continuó el viejo—. Estabais comentando lo mucho que tarda en volver cieno individuo, amigo vuestro.

Mumms y Skelton dejaron de sonreír en el acto.

—No os alarméis —dijo el viejo, con una voz repentinamente más firme, pero sin alzar el tono—. Lemmy no volverá.

Un helado silencio se produjo en aquel rincón del pub.

—Agradeceré infinito que no hagáis gestos y que volváis a sonreír. He considerado oportuno disfrazarme, para evitar en lo sucesivo situaciones comprometedoras, tanto para vosotros, como para mí mismo. Repito que Lemmy no volverá. No me gustan los traidores.

Skelton tragó saliva.

—Nosotros no... no sabíamos... —tartamudeó.

—Quiso... burlarse de mí. Nunca lo he tolerado. Los negocios que yo hago son cosa mía y pago lo suficiente para que la gente colabore conmigo. Si a Lemmy le parecía poco, podría habérmelo dicho o negarse a trabajar para mí. En fin, esto es ya agua pasada, Dick Skelton, Jerry Mumms.

—Sí, si, como usted diga, se... señor...

El anciano levantó otra vez el índice.

—Smith, no pronuncies otro nombre —prohibió.

—Como usted mande.

—¿Qué desea de nosotros, señor Smith? —preguntó Mumms servicialmente.

—Ahora os entregare un sobre. Hay mil libras para cada uno, además del nombre de una persona. Quiero que localicéis su dirección y obtengáis todos los detalles posibles. Hay, además, otro nombre, de un tipo que suele acompañarla. Podréis encontrarla mejor, encontrando al hombre, pero éste no

debe enterarse absolutamente de nada por ahora. Es ella la que me interesa, ¿entendido?

—Ah, no están casados —dijo Skelton.

—Eso no importa en este momento. Tenéis que moveros, muchachos; vendré aquí justamente dentro de dos semanas, con mil libras más para cada uno.

El rostro de Kinnan, hábilmente caracterizado, era el de un anciano, pero sus ojos brillaban con la potencia de la juventud y la fuerza del odio. Skelton y su compinche temblaron interiormente.

Con todo disimulo, Kinnan sacó el sobre del bolsillo interior de su chaqueta y lo pasó por debajo de la mesa. Skelton lo tomó con dos dedos y lo hizo desaparecer rápida y discretamente.

—Si este asunto sale bien, y espero que sea así, os podré contratar como personal «fijo» —dijo Kinnan—. Hay mucho dinero que nos espera por ahí..., y también esperan seis palmos de tierra al que me traicione. Tarde o temprano os encontraría, creedme, muchachos.

Simulando dificultad, se puso en pie, apoyado en el bastón.

—Muchachos, gracias por haberse portado tan bien con un pobre viejo —se despidió.

Skelton y Mumms tardaron unos momentos en recobrarse de la sorpresa.

—Quién lo hubiera dicho —exclamó el primero, cuando, al fin, pudo volver a hablar.

—A Lemmy le cegó la codicia —dijo Mumms sentenciosamente.

—No —contestó el otro—. Lo que sucede es que no supo hacerlo bien. Quiso alardear, presumir..., y fue solo. Si nos hubiera llevado con él, aún estaría vivo. Kinnan pudo derrotar a uno, pero con tres le habría resultado la cosa mucho más difícil.

—Bueno, el caso es que nos ha encargado un trabajito. ¿Qué hacemos?

—Oh, no cuesta nada moverse un poco, sobre todo, si pensamos que es más generoso que nuestro jefe. Espera, voy a ver los nombres de esa pareja...

—Está la guía telefónica —sugirió Mumms.

Skelton puso un papel encima de la mesa. De pronto, lanzó una exclamación:

—A este tipo le conozco yo.

—¿Cómo?

—Bueno, leí algo de él en los periódicos... Creo que lo contrataron como arquitecto y constructor de jardinería para un ricacho árabe, en Oriente Medio...

—En tal caso, su nombre debe figurar en la guía.

—Indudablemente.

—Y por él encontraremos a la chica... Dick, ¿qué querrá hacer con ella?

Skelton se encogió de hombros.

—Eso es cosa suya —respondió.

CAPITULO X

Antes de abrir, Muriel espió por la mirilla. Tranquilizada sobre la identidad de su visitante, descorrió los cerrojos y abrió la puerta.

—Gracias por haber venido, Lance —dijo cálidamente.

—No podía desatender tu llamada —sonrió él—. Supongo que se trata de algo interesante.

—Sí. ¿Quieres venir a mi despacho?

—Desde luego.

Muriel llenó dos copas. Tomó un sorbo de la suya y la dejó sobre la mesa.

—De nuevo tengo que mencionar un asunto que ya conoces —dijo.

—No he conseguido averiguar nada —confesó él—. Por ahora, claro.

—Eso no importa, Lance. Sospecho que los Reel no fueron los únicos.

—Olvidas al matrimonio Pebbs —indicó él.

—Bueno, yo me refería a los que desaparecieron después. Pero antes que Algy y Susan Reel, y después de los Pebbs, hubo otra pareja.

—¡Santo ciclo! ¿Es posible, Muriel?

—Como lo oyes. Los nombres son Reg y Fanny Orwell, y de características similares a los otros. El sin un penique y ella muy rica. No es que los conozca, porque no eran clientes de mi casa, pero lo he oído comentar a algunos. Discretamente, hice algunas preguntas y supe que no se entendían absolutamente.

—El marido andaba siempre con los bolsillos vueltos del revés.

—Exactamente.

—Un hombre puede heredar a su esposa, a menos que se pruebe concluyentemente que ha tenido intervención directa en su muerte.

—Pero también ella puede pagar a unos asesinos, para que la libren de un marido insoportable, que se niega a concederle el divorcio.

—Lo mismo que los Reel —dijo Hardigan pensativamente.

—Valdría la pena investigar a fondo, ¿no crees?

—Yo ya lo hago, pero, hasta ahora, no he conseguido...

—Lance, voy a llamar a la policía.

Hardigan hizo un vivo ademán.

—¡No, por favor! —exclamó—. Aguarda.

—Pero son ya muchas las personas desaparecidas...

—Y puede que haya más todavía, pero, por el momento, no tenemos la menor prueba en que basarnos. Nadie les vio llegar a Weston Court, porque todos fueron allí.

—Lance, una persona no desaparece tan fácilmente —objetó Muriel.

El joven emitió una risita sarcástica.

—Si lo supieras...

—¿Qué? preguntó ella.

—¿Fuiste alguna vez a cenar al Silver Place?

—Pues... si, solía ir con cierta frecuencia, aunque ahora he dejado de acudir.

—Desde que Félix ya no es el maître, ¿verdad?

—Exactamente. Hacían una mousse de cangrejos sensacional. Me los enseñó una vez; eran enormes, aterradores...

—¿Sabes con qué alimentaban a esos cangrejos?

Muriel abrió los ojos desmesuradamente.

—Lance, no... no digas una cosa así...

Hardigan le entregó la copa, apenas tocada.

—Un magnífico procedimiento para hacer desaparecer el cuerpo de una persona —dijo tranquilamente—. Luego quemaba las ropas y los huesos... ¿y dónde están las pruebas del crimen?

Desfallecida, Muriel tuvo que sentarse en una butaca.

—Es... horripilante —calificó. De pronto, se puso la mano en la boca—. Y pensar que hoy he almorzado langosta...

—Bueno, no es un cangrejo gigante —sonrió él—. Muriel, quiero pedirte un favor.

—Sí, Lance —accedió ella desmayadamente.

—No digas nada a nadie, ni a la policía, claro. Antes de tres días, creo que encontraré las pruebas suficientes para conseguir que intervengan los del Yard.

—¿Cómo lo vas a conseguir?

—Ah, eso es secreto. Lo único que te pido es que guardes silencio.

—Pero sólo durante tres días, ni un minuto más.

—De acuerdo.

Hardigan se inclinó sobre la mujer y la besó afectuosamente en una mejilla.

—Yo también comí de aquellos malditos cangrejos —sonrió.

—¿Y... tienes bien el estómago?

El joven se lo palmeó efusivamente.

—Es mi mejor amigo —contestó.

—Yo voy a pasarme un mes a régimen de verduras —dijo Muriel afligidamente—. Dios mío, nunca pude imaginarme que un día podría convertirme en una... caníbal.

—Trata de soportarlo —le animó él, a la vez que se dirigía hacia la salida —. Dentro de tres días, tendrás noticias —finalizó.

* * *

La carta le llegó a Stella por correo ordinario y se sorprendió al ver una letra que le resultaba desconocida. Rasgó el sobre y extrajo de su interior una cuartilla, que desdobló para leer su contenido inmediatamente:

> «Querida Stella: Lamento tener que comunicarte que me encuentro en un grave apuro y confío en ti para que me ayudes a

solucionar esta crítica situación.

»Hace algún tiempo, mi esposo Sam desapareció, después de anunciarme que se dirigía a un lugar denominado Weston Court, en donde pensaba hacer un negocio, para el que le había prestado veinticuatro mil libras. Mientras tanto, yo he estado viajando por el extranjero, y a la vuelta me encontré con la noticia de su ausencia. Entonces, se me ocurrió acudir a Weston Court..., y su dueño me tiene secuestrada, bajo la amenaza de matarme, si no accedo a sus pretensiones. Pide cien mil libras por mi rescate y exige, además, que sea una persona de mi confianza quien se encargue de la operación. Pero antes de dar un solo paso, quiere que vengas aquí, para que yo pueda entregarte el cheque, ya que no se fía del correo. Por favor, ven pronto..., y no avises a la policía o me matarán.

»Tuya,

» Vicky Pebbs.»

Después de la lectura de la carta, Stella se quedó perpleja unos momentos. No cabía la menor duda; Kinnan era capaz de cualquier cosa y más, se dijo. Pero, al mismo tiempo, debía avisar a Lance.

No diría nada a la policía, por supuesto. Lance, sin embargo, debía saberlo. El la aconsejaría..., y hasta la acompañaría a las inmediaciones de Weston Court para protegerla.

El teléfono de Hardigan sonó persistentemente, pero nadie contestó a sus llamadas. Al cabo de un buen rato, Stella decidió que era un asunto que debía solucionar cuanto antes.

Bien mirado, Vicky Pebbs era pariente, aunque lejano. Era preciso hacer algo por aquella atribulada mujer.

* * *

La lancha se balanceaba suavemente en unas aguas muy pocas agitadas. Hardigan había esperado los pronósticos del tiempo, para elegir el momento de la operación, con el fin de evitar todos los riegos posibles.

Hasta unos trescientos metros de los acantilados, habían llegado con el motor en marcha. Luego, Jack Stephenson, el pretendiente de Edith, había empuñado los remos.

En un principio, Stephenson se había mostrado renuente a viajar a un paraje al que, pese a su experiencia, se acercaba en contadas ocasiones. Cincuenta libras habían puesto fin a sus dudas y había accedido a tripular la embarcación, en la que, además de Hardigan, había otro hombre.

John Joseph Miles estaba equipándose para la inmersión. Era un experto escafandrista, antiguo amigo de Hardigan, que había intervenido en multitud de operaciones, primero en la Armada y luego en compañías privadas que realizaban perforaciones petrolíferas en el fondo del mar. Una muy detallada

carta náutica del paraje les había informado de que la profundidad máxima en aquellos lugares era de unos treinta metros.

—Si el agua está quieta en la superficie, todo resultará facilísimo —había asegurado Miles.

Stephenson procuró acercar la lancha lo más posible a la costa, que se alzaba ante ellos en la noche, oscura y amenazadora. Las rocas eran en aquellos momentos completamente negras y su borde se recortaba nítidamente contra el cielo estrellado. Desde una milla de distancia, por medio de unos prismáticos, estuvieron observando Weston Court, hasta que vieron apagarse las últimas luces. Aun así, aguardaron todavía un par de horas más, hasta tener la seguridad de que no iban a sufrir ningún contratiempo.

Stephenson echó un anclote y observó hasta que vio que la barca no se estrellaría contra la base del acantilado. La distancia en aquel punto era inferior a los veinte metros.

Hardigan se había puesto un simple pantalón de baño.

—Yo también quiero acercarme, aunque sin sumergirme, por supuesto —dijo.

—Muy bien, cuando quieras —invitó Miles, ya completamente equipado.

Además de la linterna del equipo, llevaba otra, mayor, mucho más potente, alimentada por pilas. Hardigan se sintió instantáneamente traspasado por el frío; no llevaba el protector traje de neopreno, como su amigo el submarinista.

—Menos mal que serán sólo unos minutos —dijo, mientras braceaba hacia la costa.

Pendiente del cuello llevaba otra linterna. Al hallarse más cerca, Miles encendió la suya. No tardaron mucho en divisar la boca de la cueva.

Un extraño sonido hirió sus oídos. Miles sufrió un fuerte sobresalto.

—¡Dios, nunca había escuchado nada parecido!

—J. J., aún no sabes ni la décima parte de las cosas que han sucedido ahí —dijo el joven.

La luz de la linterna hizo brillar a poco el metal de la reja. Miles encendió unos momentos la lámpara grande. Los ojos de los crustáceos parecían fosforescer al reflejar los haces de luz.

Era algo increíble, se dijo Hardigan. Nunca hubiera creído ver algún día una cosa semejante. Detenidos por la reja, a diez o doce metros de la boca de la cueva, vieron aquella masa de animales que se agitaban incesantemente, al otro lado de la segura protección que eran los barrotes de metal.

Miles levantó un poco la lámpara y pudieron ver la barandilla protectora, a cinco o seis metros del trozo que quedaba en seco. También divisaron una puerta, pero ni las condiciones ni la distancia eran favorables para una mejor observación.

—Ya es bastante, J. J. —indicó Hardigan.

Regresaron al exterior. Miles probó el buen funcionamiento de la boquilla, la mordió con fuerza y se zambulló inmediatamente bajo las negras aguas.

Hardigan nadó hasta la lancha. Ayudado por Stephenson, consiguió pasar a

bordo. El pescador le puso una mama sobre los hombros, para que pudiera reaccionar. Luego le entregó un frasquito plano.

—Es del que destila mi hermano —sonrió.

—Debería comercializarlo —opinó Hardigan.

—Entonces, sería un whisky corriente. Más vale que siga como hasta ahora, al menos, por el beneficio de la familia y de los amigos.

—Sí, tiene razón.

Hardigan empezó a entrar en calor. Buscó una toalla, terminó de secarse y se vistió.

—¿Han visto algo? —preguntó Stephenson.

—Cangrejos, cientos, tal vez miles... Algo fantástico, Jack.

El pescador mordía su pipa apagada. Por precaución, no quería encenderla. Las luces de la lancha estaban también apagadas.

De cuando en cuando, Hardigan metía su linterna en el agua y la encendía, a fin de orientar a Miles para el regreso. El escafandrista tardó más de una hora en emerger.

Miles escupió la boquilla y se levantó la máscara de vidrio.

—Ciclos, hay un cementerio de automóviles ahí abajo —exclamó.

—¿Algún cuerpo humano?

—Ni rastro, Lance.

—¿Sacos con huesos?

—Tampoco. He contado ocho automóviles. Pero, ¿quién se ha vuelto loco en este lugar?

Hardigan estaba contando con los dedos:

—Pebbs, dos; Orwell, otros dos; Reel, dos más. Seis en total, de modo que sobran dos... Sospecho que hubo alguien más que esas dos personas —murmuró, como si hablase consigo mismo.

—Lance —dijo Miles, todavía agarrado a la borda de la embarcación—, he encontrado algo.

Y le entregó un saquito, que contenía algunos objetos metálicos.

Hardigan lo examinó media hora más tarde, cuando se hallaban ya a una milla de distancia y las luces de la embarcación no podían despenar sospecha alguna. Encontró un par de relojes, algunas pulseras... y un anillo con sello. Las iniciales, S. P., le permitieron identificar al propietario instantáneamente.

—No hay dudas —dijo—. Sam Pebbs está muerto. Y tantos otros...

—¿Qué piensas hacer ahora, Lance? —preguntó Miles.

Hardigan meditó unos instantes. Regresaría a Londres y pondría a Stella en antecedentes de lo sucedido. Luego, irían a la policía juntos.

Y así se lo dijo a su amigo.

CAPITULO XI

Kinnan abrió la puerta y dirigió a la recién llegada una amable sonrisa.
—¿Stella Hyderlin? —preguntó.
—Sí —contestó la muchacha, muy rígida.
—Celebro su llegada, señorita. ¿Quiere pasar?
—Antes de nada, ¿dónde está Vicky?
Kinnan volvió a sonreír.
—Por favor, todo a su debido tiempo. No se impaciente, señorita.
—Ella está en peligro.
—Ella no corre ningún peligro.
—No estoy tan segura...
La mano de Kinnan se apoyó en su brazo con gesto claramente posesivo.
—Venga, se lo ruego.
Stella le siguió, aunque a desgana. De pronto, sin saber por qué, se dijo que había cometido una imprudencia al acudir sola a Weston Court. Debería haber esperado la vuelta de Lance..., pero era ya tarde para rectificar.
Kinnan la condujo hasta el piso superior. Abrió una puerta y, se echó a un lado.
—Entre.
Stella cruzó el umbral. Su asombro fue enorme al ver una habitación desierta, con la ventana asegurada por unos fuertes tablones, clavados al marco.
Inmediatamente, comprendió que había caído en una trampa. Giró sobre sus talones y entonces vio a Kinnan que la apuntaba con una pequeña pistola.
—¡Vicky ha muerto! —gritó la muchacha.
—Sí
—La carta era un engaño...
—Celebro que lo haya adivinado, señorita Hyderlin. ¿Sabe?, su curiosidad, me refiero a la de los dos, empezaba a preocuparme.
—Y ha decidido acabar con nosotros.
—Exactamente.
Stella procuró sobreponerse a la impresión recibida.
—Pero he venido yo sola —exclamó—. El señor Hardigan está en Londres.
—Pronto vendrá —sonrió Kinnan—. Esta misma noche tal vez mañana.
—La señora MacClure...
—Le he dicho que me voy de viaje. No vendrá.
Stella se sintió de pronto, muy desanimada.
—Lo ha previsto todo —dijo.
—Sí. Este es un juego en el que no se puede perder, porque la apuesta es muy elevada.
—Entonces, se considera ganador.

—¿Lo duda usted?

De pronto, Stella se sintió extrañamente serena.

Kinnan no pensaba matarla por el momento. Esperaba a Hardigan.

El joven acudiría, inevitablemente. Con toda seguridad, le había advertido de que no avisara a la policía. Lance lo haría así..., pero no dejaría de buscar algún medio de entrar en la casa sin ser advertido.

—Dígame, ¿por qué mató a los Pebbs y a los Reel? —preguntó.

—Tenían dinero.

—Y usted no. claro.

—Lo necesitaba para mis experimentos.

—La cría de cangrejos gigantes.

—En efecto.

—No ha conseguido mucho en tanto tiempo...

—Mi querida señorita, los cangrejos no son como los corderos, que a los tres meses ya se pueden comer. Es preciso esperar años, a que tengan unas dimensiones comerciales. Además, éstos son de una especie que no existe en las costas inglesas y he perdido muchos ejemplares, hasta que conseguí su perfecta aclimatación.

Stella entornó los ojos.

—Usted no lo hizo solamente por criar cangrejos gigantes —dijo.

Kinnan sonrió de una manera extraña.

—Es probable que tenga razón —admitió—. Bien, vendré más larde a traerle de comer. Ah, la ventana del baño también está asegurada con tablones.

—No se pierde un detalle —dijo Stella, irónica.

Kinnan alargó el brazo izquierdo.

—Su bolso. Por favor, no intente tirármelo a la cara ni lo deje caer al suelo —advirtió.

Stella se resignó. Kinnan echó un rápido vistazo al contenido del bolso y se guardó lo único que podía servir como arma: una lima para uñas, de acero, que guardó inmediatamente. Devolvió el bolso a la muchacha y sonrió.

—Como ve, le dejo tabaco y fósforos —dijo.

—¿No teme que le pegue fuego a la casa?

—Tardaría mucho en propagarse y no le abriría la puerta —fue la helada respuesta del sujeto, antes de retirarse.

Stella quedó sola y encendió un cigarrillo para acabar de tranquilizarse. Por el momento, estaba viva, que no era poco.

Lance vendría, no cabía la menor duda. Pero al menos tardaría veinticuatro horas. Por tanto, era forzoso armarse de paciencia.

Lanzó el bolso sobre la cama y se acercó al baño. No, no había escapatoria por aquel lado. Volvió al dormitorio y se sentó en una silla a reflexionar, pensando amargamente en su estúpido comportamiento. ¿Cómo había podido ser tan tonta para creerse la historia del secuestro de Vicky Pebbs?

* * *

Rendido de cansancio, después de una noche entera en vela y dos viajes, que habían supuesto en total setecientas cuarenta millas, Hardigan llegó a su casa y se dispuso a tomarse un merecido descanso. Eran las cuatro de la tarde y pensaba acostarse inmediatamente. Dormiría al menos un par de horas y luego llamaría a Stella...

De pronto, vio un sobre encima de una consola.

Frunció el ceño. Alguien había estado en la casa durante su ausencia.

Lentamente, se acercó a la consola y tomó el sobre, contemplándolo irresoluto durante unos instantes. En el anverso aparecía su nombre, escrito con gruesos trazos negros, sin más detalles.

Al fin, se decidió y rasgó el sobre. Dentro había una carta, cuyo contenido le hizo sentir horror e indignación a un tiempo:

> «Stella está en mi casa. Los dos han sido demasiado curiosos. Usted puede quedarse en Londres y hasta esconderse, si quiere, con lo que se salvaría; pero sospecho que, como buen caballero galante, querrá acudir al rescate de la dama en apuros, para lo cual dispone exactamente del tiempo que queda hasta mañana a mediodía. Por favor, no avise a la policía.
>
> »Atentamente,
>
> »D. K.»

Hardigan trató de serenarse. De alguna manera, Kinnan había conseguido que la muchacha viajara hasta Weston Court. Ahora, Stella se encontraba en aquella fatídica mansión. No cabía la menor duda de que Kinnan pretendía eliminarles a ambos. Y ello sólo significaba una cosa: les temía.

La carta indicaba la existencia de cómplices; alguien había entrado en la casa durante su ausencia. Debía de ser un tipo hábil en el manejo de las ganzúas, porque no había advertido señales de violencia en la puerta.

Pero aquella carta podía resultar comprometedora para su autor. ¿Cómo había podido cometer Kinnan tal imprudencia?

Seguramente, pensaba quitársela una vez estuviese en Weston Court. Y, era también muy probable que hubiese decidido ausentarse del país durante una larga temporada. De todos modos, tenía tiempo sobrado y su fatiga era muy grande.

A pesar de todo, antes de irse a la cama, llamó a su amigo.

—J. J., ¿te importaría volver conmigo a Weston Court?

—Estoy molido —se quejó el otro.

—Iré a buscarte a las diez en punto —anunció el joven fríamente.

—Pero, por rodos los diablos...

—Otra casa, como especialista, sal inmediatamente a buscar lo que te voy a indicar. Si es necesario, ya dormirás en el coche y yo conduciré. ¿Entendido?

—Tú no me quieres bien, Lance...

—Pásame después la factura de tus honorarios. Aceptaré la cifra sin regatear.

—Hombre, no; eres mi amigo...

—En este caso, contrato al especialista, J. J. —dijo Hardigan firmemente —. ¿Preparado?

—Eso costará dinero —observó Miles segundos más tarde.

—Compra lo que sea; no regatees un solo penique. Yo te lo abonaré apenas nos encontremos, ¿entendido?

—Muy bien, tirano, muy bien...

Algo más tranquilo, Hardigan fue al dormitorio, puso el despertador para las ocho y media, se desvistió y, cinco minutos más tarde, estaba dormido como un tronco.

* * *

—Ha quedado satisfecha, supongo —dijo Kinnan sonriendo, mientras se disponía a retirar la bandeja de la cena.

Stella se encontraba junto a la ventana tapada, de pie, por orden de su secuestrador, y le miró fijamente.

—Dígame, Delmer, ¿por qué lo hizo? —preguntó.

Kinnan se echó a reír.

—Ellas querían deshacerse de sus maridos. Todas, sin excepción —contestó—. Vicky, Fanny, Susan...

—Pero, ¿ha habido más? —se asombró la muchacha.

—Tres. Y pagaron mis servicios muy a gusto, no crea.

—Pero luego las asesinó también.

—No entraba en mis planes dejar que siguieran con vida —contestó el asesino con espantoso cinismo.

—Y ahora piensa seguir...

—Es probable que me marche del país una temporada —dijo Kinnan con acento ficticiamente quejumbroso—. Aunque he tenido gastos, me queda una buena fortunita, algo así como ciento cincuenta mil libras. No es todo lo que yo quería, a causa de dos entrometidos que me han causado numerosos trastornos, pero puedo vivir perfectamente una larga temporada, antes de decidir mi futuro.

—Esas tres mujeres eran ricas. ¿Por qué no se casó con alguna de ellas?

Kinnan hizo un gesto negativo.

—Llegue a conocerlas. Eran de la clase de mujeres a las que les gusta tener sujeto el marido a sus faldas y administrar el dinero con absoluta tacañería. Era mejor sacarles una buena suma de golpe y luego... Bueno, cuando algo estorba, se hace desaparecer —sonrió perversamente.

En aquel momento, Stella llegó a la conclusión de que Kinnan no estaba completamente sano. Era un psicópata, capaz de actuar con plena normalidad,

absolutamente consciente de sus movimientos, para alcanzar sus objetivos. Sólo un hombre con la mente enferma habría sido capaz de hacer tales cosas, pensó.

Y, probablemente, habría disfrutado con la muerte de sus víctimas.

Kinnan volvió a sonreír.

—Nos veremos por la mañana —dijo.

—Pero, ¿vendrá «él»? —dudó Stella.

—Seguro. A estas horas, ya sabe que está usted aquí. Y también está enterado de que debe venir ames del mediodía de mañana.

—¿Qué le parecería si viniese acompañado de un batallón de policías?

Kinnan se echó a reír.

—Hardigan no es de ésos —contestó—. Vendrá solo... ¿y yo tendré el inmenso placer de matarlo y usted le verá morir!

Stella se aterró al captar la nota de demencia que había en aquellas palabras. Riendo como un poseso, Kinnan cerró la puerta y la dejó sola, entregada a sus tristes pensamientos.

Estaba en un lugar diabólico» se dijo la muchacha. En el interior de «Los Limites del Infierno».

CAPITULO XII

—Esto va a costar bastante —advirtió Miles.

Hardigan consultó su reloj de pulsera.

—Son casi las siete de la mañana —dijo—. Apenas acaba de amanecer. ¿Cuánto tiempo crees que tardaremos?

Miles hizo un gesto de duda.

—No quiero hacer vaticinios —contestó—. Espera a que haya hecho el primer intento y calcularé el tiempo.

La lancha se había adentrado en el interior de la cueva. Stephenson la amarró a un saliente rocoso. Las olas iban y venían, provocando en la embarcación rítmicos movimientos de ascenso y descenso. Pero en aquel lugar, el techo era lo suficientemente alto como para no temer las consecuencias de un golpe inoportuno.

Miles saltó de la lancha y el agua le llegó hasta el pecho. Avanzó unos cuantos metros, acercándose a la reja de hierro. Al otro lado, los cangrejos se movían incesantemente, con su característico tableteo, que ponía los pelos de punta.

—Los barrotes no son muy gruesos, aunque hay muchos —dijo—. De este modo, las mallas son lo suficientemente estrechas, para impedir que los cangrejos escapen al mor. Jack, ¿no puede acercarse un poco más con la lancha? Sólo un par de metros, por favor.

—Lo intentaré —contestó el pescador.

Hardigan le ayudó en la maniobra. Sumergido hasta la mitad del cuerpo, Miles empezó a preparar los instrumentos que había traído consigo.

La boquilla del soplete se incendió súbitamente. Miles se acercó a uno de los barrotes y aplicó la llama, protegiéndose los ojos con una visera de vidrio oscuro.

Diez minutos después, apagó el soplete y observó los resultados de su labor. Con la mano izquierda, contó los barrotes que era preciso cortar. Luego se volvió hacia la barca.

—Tres horas largas —anunció.

—Adelante, J. J. —exclamó Hardigan.

El tiempo transcurrió con enorme lentitud. De cuando en cuando, Miles volvía a la lancha y tomaba unos sorbos de té. Hardigan, impaciente, quiso relevarle en una ocasión, pero el escafandrista se negó, aduciendo que él carecía de experiencia en aquella tarca.

Eran casi las once, el cálculo de Miles había resultado erróneo en parte, cuando, por fin, dio por terminada su tarea. Agarró dos de los barrotes con las manos y tiró hacia sí.

La reja permaneció inmóvil.

Hardigan lanzó un grito de desesperación.

—¡Todo ha resultado inútil! —se lamentó amargamente.

Stephenson le puso una mano en el hombro.

—Calma, muchacho; no se dé todavía por vencido.

Inclinándose hacia el fondo de la embarcación, lomó un grueso cabo y se lo lanzó al escafandrista.

—Amárrelo a uno de los barrotes, por la parte más alta —indicó.

Miles comprendió en seguida la idea del pescador. Había cortado barrotes en sentido horizontal y por dos lados, en vertical. Sólo quedaban intactos los que se hallaban sumergidos bajo las aguas.

Después de atar el cabo, hizo una prueba. El nudo resistió.

—Ahora, vengase aquí —ordenó Stephenson.

Miles subió a la lancha. Stephenson puso el motor en marcha y lo calentó durante unos momentos.

—Hace un ruido enorme —objetó Hardigan.

—Desde arriba no se oirá —contestó el pescador—. El único peligro estriba en que él aparezca de pronto.

Miles armó su fusil submarino.

—He venido preparado —sonrió.

Stephenson aceleró en punto muerto. De pronto, hizo un gesto con la mano:

—¡Suelte la amarra!

Hardigan obedeció. Un segundo después, la lancha retrocedió con tremendo impulso.

El cabo se atirantó. Durante un segundo, Hardigan creyó que la idea iba a fracasar, pero no tardó en comprender que, a la potencia del motor, era preciso añadir el momento de inercia de una embarcación que pesaba más de una tonelada. La reja se inclinó primero, pero, de súbito, sonó un fuerte chasquido y todo el conjunto salió arrastrado por la amarra.

Stephenson redujo gases de inmediato.

—Nos la hemos llevado entera —dijo, satisfecho.

Dentro de la cueva se oyó repentinamente un atronador tableteo. Miles encendió su lámpara grande.

Los cangrejos se movían en densas oleadas hacia la salida. Hardigan se quedó estupefacto.

—Se van —dijo.

—No hay animal sin su instinto —manifestó el pescador sentenciosamente —. Algo les ha dicho a esas bestias que su encierro ha terminado.

Acercó la embarcación un poco más, hasta que la proa rozó los restos de la reja. Por debajo de la lancha se veían espesas bandadas de crustáceos que huían rápidamente, en busca del mar abierto.

A los pocos minutos, la cueva estaba casi completamente vacía. Sólo unos cuantos cangrejos permanecían en distintos lugares, casi quietos, moviendo apenas sus pinzas, pero ya no constituían ningún peligro.

—Son animales viejos o enfermos —dijo Stephenson.

Miles saltó fuera de la lancha y la amarró a un trozo de barrote. Hardigan

le siguió en el acto.

Momentos después, ayudándose el uno al otro, llegaban ante la puerta.

—Es muy recia —observó el escafandrista—. Con un destornillador solamente no sé si habrá suficiente...

—Hombre, tienes el soplete —exclamó Hardigan.

—Es verdad, lo había olvidado —sonrió Miles.

* * *

La puerta del dormitorio se abrió. Stella se incorporó lentamente, con los ojos fijos en Kinnan.

—Pronto será la hora —anunció el sujeto.

Stella prefirió guardar silencio. Kinnan avanzó unos pasos, con unos objetos metálicos en las manos.

—Las muñecas —ordenó.

Stella alargó las manos. Dos argollas de brillante acero se cerraron inmediatamente en torno a sus muñecas.

—No quiere riesgos, ¿eh?

—¿Qué haría usted en mi lugar? —rió Kinnan. Agarró uno de los brazos de la muchacha y la empujó suavemente hacia la puerta—. Usted es una chica muy resuelta y podría jugarme una mala pasada.

—De eso puede estar seguro —contestó ella.

—Pero no ocurrirá nada que yo no desee. Camine, por favor.

Descendieron a la planta baja. Entonces, Stella se volvió hacia el asesino.

—¿Cómo piensa hacerlo? —inquirió.

—¿No se lo imagina? Los cangrejos siempre tienen apetito.

Stella sintió un escalofrío.

—Sólo quiero pedirle una cosa —dijo—. Mátenos antes.

—Descuide.

—Pero... ¿qué hará luego con las ropas?

—Las quemaré.

—¿Y los huesos?

Kinnan sonrió.

—¿De veras le gustaría saberlo?

—Se lo agradeceré.

Sonó una fuerte carcajada.

—Me gusta su temple, muchacha —dijo Kinnan—. Lástima que me vea obligado a matarla.

Empujándola una vez más, la condujo hasta su laboratorio, cuya puerta abrió con la mano libre. Stella pudo ver algunos aparatos científicos y el gran tanque donde se movían perezosamente varios cangrejos gigantes. De pronto, reparó en un enorme recipiente cilíndrico, situado sobre un pedestal de medio metro de altura. Era como un gran bidón de petróleo, de casi un metro de diámetro, por algo más de uno de altura, cuya parte superior estaba

descubierta en aquellos momentos.

Al lado había una pequeña plataforma de madera, a la que se accedía por una escalera de cuatro peldaños. Kinnan se acercó a una de las paredes y bajó un interruptor.

Un sordo zumbido, provocado por algo que giraba a enorme velocidad, se dejó oír de inmediato. Kinnan se volvió hacia la muchacha, sin dejar de sonreír en ningún momento.

—Voy a hacerle una demostración práctica —anunció.

Colgadas de la pared, había unas pinzas de gran tamaño, con las que se acercó al tanque donde estaban los cangrejos. Después de algunos tanteos, consiguió apresar uno. El crustáceo movía furiosamente sus pinzas, haciéndolas entrechocar con fuerte castañeteo.

Kinnan subió a la plataforma.

—Mire a la base del cilindro —ordenó.

El cangrejo cayó en el interior de aquel recipiente. Stella oyó un mulo espeluznante, como de una cosa que era rota en miles de fragmentos. Pero aquel sonido cesó muy pronto.

Una pasta rosada surgió por el orificio inferior que había en el cilindro y cayó al balde situado bajo el mismo. Desde la plataforma, Kinnan, satisfecho, dijo:

—¿Ha comprendido ahora cómo hago desaparecer los huesos?

Stella sintió un terrible escalofrío. Aquella enorme trituradora hacia desaparecer la última prueba de los asesinatos. Los huesos, pulverizados, podían desaparecer fácilmente por el sumidero...

Sintió un ligero vahído, provocado por el horror que le producían sus propios pensamientos, pero consiguió dominarse. Erguido sobre la plataforma, Kinnan sonreía como un demonio, imagen viviente de la perversidad.

—Yo mismo diseñé y supervisé la construcción de la trituradora —declaró el sujeto con infinito acento de orgullo—. Naturalmente, en un principio, estaba destinada a experimentos científicos y a preparar el alimento especial de los cangrejos, pero luego pensé que podía resultarme útil para otras cosas.

Stella hizo un esfuerzo para hablar.

—Dígame... Los cangrejos, ¿comían sus presas vivas... o ya muertas?

Kinnan hizo un gesto ambiguo.

—Dependía de la ocasión —contestó.

Consultó su reloj y meneó la cabeza.

—Faltan solamente dieciséis minutos —añadió—. Parece que su caballero andante no quiere arriesgarse a salvarla, señorita Hyderlin.

—¿Está seguro de ello?

Kinnan se volvió hacia la puerta. Hardigan, sucio, mojado en algunos sitios, despeinado y con un aire de inmensa fatiga, acababa de aparecer en el umbral.

Detrás de él, había un individuo armado con un fusil submarino. Stella

emitió un grito de alegría.

—¡Lance!

Kinnan sacó su revólver.

—¡No se muevan! —ordenó.

Miles disparó el arpón. Kinnan se inclinó a un lado, para eludir el terrible proyectil, pero hizo un movimiento demasiado brusco y la parte posterior de sus muslos chocó con el borde del cilindro.

Manoteó. El revólver saltó por los aires.

Se oyó un espantoso alarido. Incapaz de recobrar el equilibrio, Kinnan cayó hacia atrás, de cabeza, en el interior de la enorme trituradora, cuyas paletas, de cuchillas afiladísimas, seguían girando con enorme velocidad.

Horripilada, sacudida por violentísimos espasmos, Stella se apartó de aquel terrorífico aparato, en cuyo interior se había cortado bruscamente el grito del asesino. Lance, pasmado de asombro, vio las piernas de Kinnan agitarse frenéticamente todavía durante unos segundos.

Luego, con relativa lentitud, empezaron a hundirse dentro de la trituradora. Al mismo tiempo, por el orificio de la base, empezaban a salir espesos ahorros de una sustancia densa, de un siniestro e inconfundible color rojo. Aquella sustancia llenó bien pronto el balde y empezó a derramarse por el suelo.

Con la mano, Stella señaló el interruptor. Hardigan comprendió sus gestos y corrió hacia la pared. El zumbido cesó de inmediato.

Entonces, Stella, incapaz de soportar la tensión de aquellos momentos, cayó al suelo desmayada.

Miles tuvo la serenidad suficiente para asomarse a la trituradora. Lo único que quedaba visible ya eran las dos piernas del asesino.

* * *

—Te vuelves a Cardiff, supongo —dijo Hardigan días más tarde, al observar las maletas junto a la puerta.

Stella asintió.

—Sí, aunque por pocos días —contestó.

Hardigan arqueó las cejas.

—Mi madre se casa —explicó la muchacha.

—Ah, al fin aceptó a su pretendiente.

—Sí. Es un tipo excelente. Yo lo conozco y me gusta... para marido de mamá, claro —sonrió Stella.

—Y luego volverás a Londres.

—El empleo es bueno y me han concedido un importante aumento de sueldo.

—Te felicito sinceramente. Felicita también a tu madre.

—Gracias, Lance.

Hubo un instante de silencio. Luego, Harding dijo:

—Fueron ocho los crímenes cometidos por Kinnan.

—Era un psicópata.

—En tiempos, habría sido considerado como mi adorador de unos dioses salvajes y despiadados: los cangrejos. —Hardigan suspiró—. Félix también murió. Se supone que se enteró de lo que sucedía, fue a protestar, le amenazó y Kinnan decidió suprimir aquel riesgo. La octava víctima era un tal Lemmy Coogan, rufián, chantajista y unas cuantas cosas más. Tenía dos compinches y los han detenido, declarando todo lo que sabían. Por supuesto, han dicho que ellos se limitaban a vigilancia, para adquirir informes, pero que ignoraban por completo los crímenes que se cometían... En fin, ya puedes imaginarte.

Stella asintió.

Me costará mucho recuperar la normalidad —dijo.

—Oh, vamos, vamos... Eres joven, fuerte... Pronto te parecerá todo una pesadilla.

—Soñaré con cangrejos que me comen viva...

—Tendrás que esforzarte por borrar ese episodio de tu existencia. Y yo también, caramba; no creas que lo he pasado bien. Pero procuro animarme a mí mismo y...

Hardigan sonrió de pronto.

—Stella, me gustaría acompañarte a Cardiff manifestó.

—Pero tienes trabajo —alegó ella.

—Puedo dejarlo cuando me plazca. Además, los motivos del viaje justifican ese abandono momentáneo de mis tarcas.

—Ah, quieres asistir a la boda de mi madre.

Hardigan hizo un gesto expresivo.

—Quiero conocer a mis futuros suegros —contestó.

Stella emitió una suave sonrisa.

—Te agradarán —aseguró.

FIN